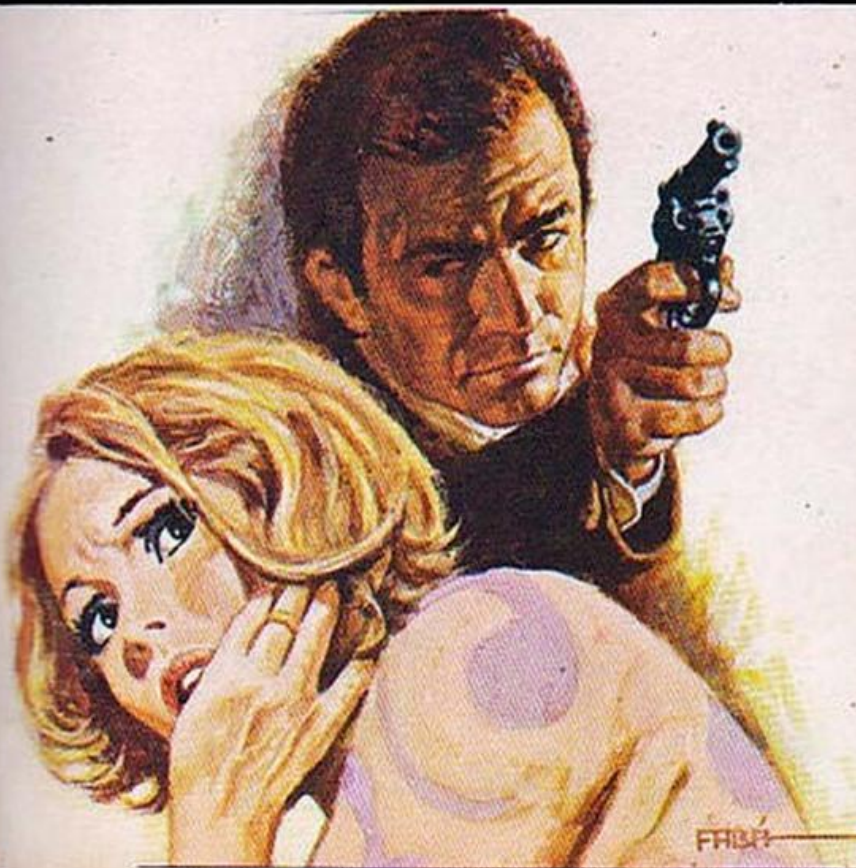


BOLSILIBROS BRUCUERA



Lou CARRIGAN

LAVADO DE CEREBRO





eb

LOU CARRIGAN

LAVADO DE CEREBRO

Colección LA HUELLA n.º 75
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2

Depósito legal: B. 7.881 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición en esta Colección: abril, 1976

© Lou Carrigan - 1967

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

Glenn Dunn había llegado a Washington en avión. Fue recogido en el aeropuerto por dos hombres altos y de mirada aguda, que lo llevaron a un coche. Luego, por el camino hasta la central del FBI en la capital americana, fueron conversando amablemente con él, de diversos temas... De muchos temas. Pero ninguno relacionado con el motivo de su llamada a la central.

Y, por fin, se encontraba esperando en un antedespacho a ser recibido no sabía por quién para recibir la explicación de su rapidísimo desplazamiento inesperado. Desde el momento en que había llegado la llamada para el agente Glenn Dunn, hasta encontrarse en aquel despacho del Departamento Central del FBI en Washington, habían pasado poco más de tres horas. Casi podría decirse que Dunn había dejado su almuerzo a la mitad.

Es decir, que, puesto que le hacían esperar, bien podían haberle dejado terminar su almuerzo, ya que el mismo tiempo se pierde almorzando que esperando, y el almuerzo...

La puerta se abrió. Ni siquiera hacía un minuto que Glenn estaba esperando. O sea, que no le habían dejado a medio almorzar en vano. La cosa urgía.

El hombre que quedó en la puerta del despacho, mirándolo amablemente, era muy conocido por Glenn Dunn. No personalmente, sino a través de datos y escritos en *The Investigator*, la revista interna del FBI. Se llamaba Clarence Hadaway, y era el G-man

que más veces había sido nombrado en dicha revista. Alto, de hombros anchos, cabellos color cobre, mentón duro, ojos oscuros... Así era uno de los hombres que John Edgar Hoover tenía escogido para las misiones estrictamente especiales y confidenciales, incluso

dentro del FBI.

Dunn se puso en pie inmediatamente, aceptando la gran mano de finos dedos de acero, tostada por el sol.

—Bien venido, Dunn. Pase al despacho.

—Encantado de conocerle personalmente, señor Hadaway.

Entraron en el despacho. Hadaway se sentó a su mesa y señaló un sillón a Dunn, que echó un vistazo alrededor. Un despacho amplio, severo, pero muy confortable y con evidentes toques de gusto personal, dentro de lo posible y permitido.

—El señor Hoover —fue directo al grano Hadaway— ha delegado en mí la tarea de ponerle al corriente del asunto. Mientras conversemos, puede usted fumar, tomar café, moverse por el despacho, interrumpirme y hacer cualquier clase de comentarios que considere oportunos. Quiero que salga de aquí bien enterado de cuál va a ser su trabajo. Y... debo decirle que he sido yo quien le ha elegido para esta misión, por medio de nuestro fichero central de agentes.

—¿Por qué, señor?

—Porque, entre otros detalles, habla usted el idioma maya. Irá a Guatemala, Dunn. Y puesto que habla usted maya, español y, naturalmente, nuestro idioma, es el agente más indicado.

—Hay otros agentes que hablan esos idiomas.

—Lo sé. Pero han intervenido también otros factores. Siempre los estudio todos muy bien antes de elegir al hombre indicado... Hasta el momento, jamás me he equivocado. ¿Usted sabe que nosotros, el FBI, tenemos agentes en Guatemala?

Glenn Dunn se quedó mirando con amable ironía a Hadaway.

—¿Y dónde no tenemos? —sonrió.

—Es cierto... —sonrió también Clarence—. Sólo admitimos tenerlos únicamente en los países que oficialmente lo han aceptado, por medio de *postliaisons*. Para que se dé cuenta de la importancia del asunto, Glenn, le diré que esta misión debería realizarla yo personalmente... No quisiera parecerle presuntuoso.

—No, señor. Lo entiendo. Es muy delicado el trabajo... ¿Por qué no va usted a Guatemala?

—¿Porque el maya es uno de los idiomas que desconozco.

—Uno de los pocos... —Volvió a sonreír Dunn—. Espero que le pondrá pronto remedio a eso, señor. ¿Qué sucede en Guatemala?

—Nos hemos quedado sin agentes.

Glenn Dunn se detuvo, a punto de aplicar la llama de su encendedor a un cigarrillo.

—¿Los han matado? —musitó.

—No lo sabemos. Pero nos preguntamos qué otra cosa puede obligar a guardar silencio a cinco hombres del FBI. ¿Quiere conocerlos?

—Desde luego, señor.

Acabó de encender el cigarrillo, mientras Clarence Hadaway sacaba una pequeña cámara de un cajón de su mesa. Luego, apretó un botón del tablero de mandos y comunicaciones interior, y un panel de la pared se deslizó silenciosamente hacia un lado, dejando un rectángulo blanco a la vista. Hadaway sacó también un sobre, y de él unas diapositivas en color. Por fin, se levantó, corrió la cortinas y volvió a su asiento. Colocó una diapositiva y la imagen de un hombre apareció en el rectángulo blanco, en colores.

—Jim Crawson, Espero que sea usted buen fisonomista, Glenn.

—Creo serlo, señor. No olvidaré a Jim Crawson.

—Ni a los otros —advirtió Hadaway—. Vaya viéndolos: Abel Stuart, Rob Bailey, Jonathan Murdock y Aldous Say. Éstos son los cinco agentes destinados en Guatemala que han..., que se han esfumado en el silencio. Se los volveré a pasar, repitiendo sus nombres.

Lo hizo, despacio. Ya no había prisas. De nuevo aparecieron en la pequeña pantalla los rostros de aquellos cinco hombres.

—Vea ahora estos dos. También son de los nuestros, pero de los destinados en México. Price Carr... Bill Masters. Otra vez: Price Carr, Bill Masters. ¿Está seguro de recordar estos siete rostros?

—Sí, señor.

—Muy bien. Ahora, vea este otro, el último...

—¿También ha desaparecido?

—Éste, no. Pero véalo primero y luego hablaremos. Su nombre es Ralph Brennan, y es el jefe de nuestro grupo en Guatemala...

—¿Y él no ha desaparecido?

—Algo extraño. Ya le he advertido que diga todo lo que se le ocurra, Glenn.

—Bien... ¿Hay posibilidad de alguna traición?

—¿Por parte del jefe del grupo, Ralph Brennan? No. No la hay.

Ni la más remota. Pondría mi cabeza en el fuego por Ralph Brennan.

—Cuando usted dice eso, señor, es que no hay dudas... ¿Por qué no ha desaparecido también Ralph Brennan?

—Tuvo un accidente de moto. Mmm... Brennan es un hombre con mucha vitalidad, un deportista nato. Detesta los automóviles. Para sus desplazamientos por Guatemala, ha utilizado siempre una moto de gran potencia. Tuvo mala suerte y se rompió una pierna. Ahora está en su domicilio de allá, todo el día al sol. Lo único que puede hacer es atender la radio.

—Es decir, que no puede moverse de su domicilio en busca de esos siete hombres.

—En el supuesto de que exista esa posibilidad física, está lo espectacular del asunto. No es... normal que un hombre con una pierna rota, recién escayolada, se pase el día dando tumbos por el estado guatemalteco, buscando a siete personas.

—Sería muy espectacular, es cierto.

—Sin duda. Ahora, repasemos lo ocurrido: en vista del silencio que guardaba Ralph Brennan, lo llamamos por la radio a su domicilio en Pueloviejo, un pueblo a unas seis millas de Guatemala capital. La respuesta tardamos más de lo razonable en obtenerla. Cuando así fue, el mensaje de Brennan decía que había tenido un accidente motorístico y que estaba tomando el sol en su jardín... mmm... «patas al aire». Eso fue lo que dijo.

—Tiene buen humor.

—Pero su mensaje...

—¿En morse?

—Ah, sí... Sí, sí, desde luego. Su mensaje contenía una gran preocupación. Nos dijo que nada había comunicado en dos días porque se había roto una pierna y tal... Y que tampoco lo había hecho en los días anteriores, porque ninguno de sus compañeros se había puesto en contacto con él.

—¿Los contactos eran periódicos?

—Sí. Cada dos días. Máximo, tres. Esto... Bien, como Brennan no podía moverse, enviamos un mensaje a México, y desde Yucatán, dos de los agentes que tenemos allá pasaron a Guatemala. Fueron a ver a Ralph Brennan, y éste nos lo comunicó, asegurándonos que esos dos agentes iniciaban la localización de los otros cinco. Por fin,

ayer, impacientes, llamamos a Brennan. La respuesta fue que no tenía la menor noticia de esos otros dos agentes.

—En total, siete... —murmuró Glenn—. Siete agentes del FBI desaparecidos silenciosamente. Sigue pareciéndome extraño que Brennan no haya desaparecido, señor.

—Hemos pensado en eso. Y sólo se nos ocurre una respuesta: no es útil, en sus actuales condiciones. Con una pierna rota, ni siquiera puede sernos útil a nosotros. Está solo e imposibilitado. Inútil total.

—Pero está vivo.

—También hemos pensado en eso... —aprobo Hadaway—. No parece razonable hacer desaparecer a siete agentes americanos y dejar vivo al octavo, por imposibilitado que esté. La conclusión razonable es que Ralph Brennan, no sólo no les molesta donde está, sino que, posiblemente, esperan obtener fruto precisamente de su... supervivencia.

—¿Esperan que siga llamando a Washington y que nosotros sigamos enviando agentes a Guatemala?

—Justo en la diana, Glenn. Eso creemos... ¿Le parece factible?

—Por supuesto, señor. En cuyo caso, evidentemente, Ralph Brennan debe estar vigilado.

—Es lo lógico y lo inteligente. Pero si están esperando que enviemos más agentes allá, son estúpidos.

—Si no enviamos agentes, jamás encontraremos a esos siete hombres.

—Los encontraremos. Vivos o muertos, pero los encontraremos... Es decir, los encontrará usted.

—¿Ése es mi trabajo en Guatemala?

Clarence Hadaway lo miró amablemente.

—No es ningún regalo, ¿verdad? —sonrió.

—Pues..., sinceramente, no, señor.

—Si supiésemos con seguridad que esos siete hombres están muertos, yo mismo mandaría un grupo especial de G-men

en una expedición de... represalia a Guatemala. Y no necesitaría hablar maya para eso —el rostro de Hadaway se había endurecido—. Pero ni sabemos si están vivos o muertos, ni tenemos la menor idea de quién o quiénes pueden estar relacionados con el caso.

—Quizá esté relacionado con las guerrillas de los rebelados

guatemaltecos.

—Oh, eso casi es seguro, por supuesto... Hasta el momento en que desaparecieron, enviaron bastante información sobre el asunto de esa revolución en Guatemala. Sabemos, por ejemplo, que está organizada y dirigida por el coronel Chema Ledesma, que se dedica a reclutar hombres y a ir agrupándolos en las montañas. Su último escondrijo descubierto fue el interior de un volcán extinto. Ya conoce Guatemala: hay montañas para esconder cien divisiones. Y para encontrarlas habría que ir al sitio preciso.

—Entiendo que ese coronel Ledesma está organizando un ejército. Los va agrupando, y posiblemente no se dejarán ver hasta el momento del ataque, de la... revolución declarada.

—Posiblemente. Según las últimas noticias que consiguieron nuestros hombres, y que Ralph nos radió. Ledesma llevaba ya reunidos, hace un par de semanas, no menos de tres mil hombres.

—No es demasiado.

—Según como se mire. El ejército guatemalteco no es muy numeroso, y si tenemos en cuenta que se halla naturalmente diseminado por el país, dudo mucho que haya una sola guarnición que cuente con más de tres mil hombres. Ni siquiera en Guatemala capital. En tales condiciones, un ataque de tres mil hombres puede proporcionar una victoria. Eso, sin tener en cuenta esos cambios de bando de última hora que siempre se producen en las revoluciones.

—Tres mil hombres marchando hacia Guatemala serían vistos.

—Según y cómo. Pero, dejemos eso como cuestión secundaria... Anexa indisolublemente a nuestro asunto, desde luego, pero secundaria. Lo que queremos es encontrar a esos siete hombres y traernos para Estados Unidos a Ralph Brennan antes de que también desaparezca... o dejen de considerar que les resulta útil.

—Muy bien. Iré a verlo...

—No, no... Calma. No irá usted a su finca, a menos que sea absolutamente necesario.

—Pero debo saber algo sobre el terreno para trabajar, señor.

—Segundo se lo dirá. Segundo Corrales, un guatemalteco que ha estado trabajando con el FBI desde hace años. Véalo.

Otra diapositiva. Y el rostro de un hombre de claros rasgos indios.

—¿Es de confianza?

—Lo ha sido durante cinco años y pico. Creo que es de confianza, pero por él no podría la cabeza en el fuego. Ni siquiera un dedo... Ya me entiende.

—Sí, señor... ¿Deberé buscarlo a él?

Hadaway asintió con la cabeza.

—En Guatemala capital. Avenida Maya, quinientos cinco.

—¿Y si no lo encuentro?

—Es lo más probable, desde luego... —admitió Hadaway—. Si no lo encuentra, temo que tendrá que ir a Pueloviejo, a hacerle una visita a nuestro Ralph Brennan. El está allá como residente, y tiene una plantación de café; hacia el norte, en el departamento de El Petán, tiene otra, de chile... Usted iría a ver a Brennan como comprador de chile. Todo el mundo sabe que Guatemala, junto con México, es la mayor productora de chile del mundo, de modo que si un americano está dispuesto a comprar chile, es natural que se lo compre a un americano. También es sabido que Estados Unidos adquiere toda la cosecha guatemalteca de chile... Vulgar, como ve. Y por eso mismo, conveniente, Glenn.

—Sí, señor. ¿Cuándo salgo?

—Hoy. Casi se puede decir que «ahora». Tiene pasaje en un avión que sale dentro de dos horas. Podemos aprovecharlas para repasar de nuevo todo el asunto. Verá una vez más las diapositivas de nuestros compañeros, le contaré algo sobre ellos, le daré sus direcciones exactas en Guatemala, la de Brennan... No quisiera que se marchara de aquí con alguna duda, o con ganas de hacer una pregunta, sea cual sea.

—Tengo una que hacer.

—Adelante.

—Supongamos que localizo a nuestros compañeros... ¿Qué hago?

Clarence Hadaway quedó brevemente pensativo.

—Bueno... Eso dependerá de las circunstancias. Supongo que si la cosa se presenta fácil y clara, deberá... recuperarlos. Claro está, hablando del supuesto en que estén vivos... En tal caso, si es posible, los recuperará. Si los localiza, pero si ve la más pequeña probabilidad de fallo en su rescate, deberá avisarme. Y entonces, yo mandaré ese grupo especial hacia Guatemala.

—¿Y si están muertos? —susurró Glenn Dunn.

Clarence Hadaway se quedó mirando fijamente a Dunn. Éste era tan alto como él, atlético, de cabellos rubios y ojos claros, mentón agresivo... El típico «*yankee*», que se supone va por el mundo mascando chicle y entrometiéndose en todo por el simple gusto de hacerlo y porque para eso es norteamericano...

—Si están muertos, entérese de quién lo ha hecho... Y nadie podrá impedir la llegada de ese grupo que yo mandaré.

—En cuyo caso, señor, si me lo permite, yo ingresaré en ese grupo.

Clarence Hadaway asintió sombríamente.

—¿Acaso podría ser de otro modo,
G-man?

CAPÍTULO II

El número 505 de la Avenida Maya era una vieja sastrería, instalada en un edificio de madera que constaba solamente de la planta y un piso. El piso superior estaba hundido con respecto a la fachada de la sastrería; parecía que había una pequeña terraza sobre ésta, a la que daban tres ventanas que se veían herméticamente cerradas desde donde miraba Glenn Dunn. La sastrería estaba entre un café llamado El Gallo Favorito y unos almacenes que tenían por nombre La Pluma Dorada. Luego se veían más tiendas y casas particulares, las primeras provistas de toldos de colores listados. Las aceras eran más bien estrechas y los transeúntes abundaban, todos ellos en mangas de camisa de colores: rojo, amarillo, azul... También muchos de los coches eran rojos. Todo tenía un estallido de color, de calor, de sol...

La calzada estaba dividida en las dos direcciones por unos estrechos jardines con palmeras, setos y flores, también de vivos colores... Junto a uno de estos islotes de verdor, había parado un coche de policía guatemalteca; los dos patrulleros, uniforme de color verdoso y gorras blancas, habían salido del vehículo, y contemplaban el tráfico, distraídos; no cabía duda que dentro del coche el calor debía ser poco menos que insoportable.

Una camioneta roja pasó cerca de los policías; en la caja de la camioneta, tres indios puros alzaron un gallo de brillante plumaje y dijeron algo a los policías, riendo, agitando el gallo con fuerza; tenía plumas negras, verdes, rojas, amarillas... Un gallo de pelea. Los policías también sonrieron, volviéndose. Fue como si Glenn Dunn tuviera entonces visión telescópica, como si los rostros de los dos guatemaltecos se acercaran... No parecía que estuvieran allí por nada determinado.

La sastrería también estaba cerrada, como las ventanas que se hundían en la fachada superior. Lo cual no parecía corriente a las once de la mañana.

Con pantalones blancos, camisa azulina y zapatos blancos, el G-man estaba dando su primer paso hacia la solución de aquel inquietante asunto de la desaparición de siete agentes del FBI. Una cantidad tal que sugería cierta organización en esa desaparición. Un agente del FBI puede desaparecer en cualquier momento, incluso sin dejar el menor rastro. Siete, eran demasiados.

Demasiados, al menos, para que nadie pudiera creer que cada una de las desapariciones eran debidas a diferentes causas, aisladas unas de otras, en diferentes lugares...

Glenn Dunn decidió que su espera de vigilancia se había cumplido ya. Media hora de pasear y observarlo todo le había bastado y sobrado para hacerse una buena composición de lugar.

Entonces, empezó a cruzar la avenida.

Y todo él quedó centrado dentro del doble círculo de unos prismáticos. Mientras caminaba cruzando la calle, continuó dentro de aquel doble círculo que acercaba su imagen a la mujer que, en la acera de enfrente a la sastrería, iba moviendo apenas los prismáticos, siempre con la espalda del

G-man vuelta hacia ella. Una mujer joven, de ojos muy negros, boca roja y alargada, y un lunarcito en el centro de la barbilla.

Por unos segundos, los prismáticos se desviaron, enfocando a otras personas, recorriendo la avenida, arriba y abajo. Cuando volvieron a la espalda de Glenn Dunn, éste se hallaba ya en la acera de la sastrería.

Poco después, se detenía ante ésta, mirando el escaparate, que se veía descuidado, polvoriento. Dentro había telas de colores y para trajes completos, blancos, marrones, grises... No se veía nada más. La puerta de la sastrería estaba cerrada.

Tras unas indiferentes miradas a los lados, y hacia atrás por medio del escaparate, Glenn Dunn salió de debajo de la sombra del toldo, regresando lentamente hacia la estrecha puerta que llevaba a la vivienda de Segundo Corrales.

Justamente entonces estuvo de cara a los prismáticos manejados

por la mujer del lunar en la barbilla. Sólo que ya no eran los prismáticos lo que la mujer tenía en las manos, sino una cámara fotográfica con teleobjetivo.

Clic-clic.

Clic-clic...

Cuando Glenn Dunn llamó a la puerta de la vivienda de Segundo Corrales, la mujer ya había obtenido dos fotografías suyas. Luego dejó la cámara a un lado y volvió a tomar los prismáticos.

Abajo, en la otra acera, Glenn Dunn llamaba por segunda vez al timbre.

Y llamó una tercera. Luego metió la mano al bolsillo, sacó un paquete de cigarrillos, encendió uno y volvió a meter la mano al bolsillo, con el paquete, fija la mirada en la cerradura de la puerta...

Cuando sacó la mano, llevaba en ella una varilla de acero, con la cual estaba seguro de poder abrir aquella puerta en menos de quince segundos..., si la pareja de policías no intervenía. Entonces su previsión de llevar la ganzúa habría servido para complicarle la vida. Lo cual era, a fin de cuentas, su profesión: complicarse la vida.

Pero nadie se fijó en él de modo especial.

Entró, ajustó la puerta a su espalda y se quedó mirando el tramo de estrechos peldaños de ladrillos rojos y gastados. Arriba había otra puerta. Subió, la abrió aún más fácilmente que la de la calle y entró en el piso, que estaba completamente a oscuras.

De modo automático, rechazó la luz que podría obtener abriendo cualquier ventana. Accionó el encendedor y a la llamita de gas, vio el interruptor. Dio la luz, se guardó el encendedor, y acercó la mano al sobaco izquierdo, donde, bajo la holgada camisa, llevaba una pequeña pistola en una funda adhesiva a la piel, sin atalajes.

—Corrales —llamó quedamente.

Silencio.

El rumor de la calle llegaba muy amortiguado hasta allí, a través de las cerradas ventanas. Las tres daban a aquella pieza, que era grande, algo destartada. Sillas, una mesa, dos sillones, un sofá viejísimo, lamparita de pie, una librería, radio, un televisor ya anticuado, grandote...

A la izquierda, tres puertas. Una de ellas daba al servicio higiénico; otra, a la cocina; en la tercera, el

G-man

veía parte de una cama.

—Corrales...

—Corrales...

Silencio.

No había nadie en el lavabo; ni en la cocina; ni en el dormitorio. Todo estaba en orden, algo polvoriento, quizá. A la parte de atrás de la casa también había tres ventanas, una en cada pieza: dormitorio, cocina y lavabo. Y por cualquiera de ellas se veía un gran patio de interior de manzana, con palmeras, flores, césped... y hasta un par de bananeros.

También aquellas ventanas estaban herméticamente cerradas, y Glenn dejó así de nuevo la que había entreabierto ligeramente para echar un vistazo.

Había ropa en el armario, cigarrillos nacionales en la mesita de noche, un ejemplar de *El Nacional*, cerillas... En la cocina había un frigorífico de los más pequeños. Estaba funcionando, y dentro había frutas, cerveza,

«Coca-Cola»,

carne y queso. Y algunas latas de conserva.

Cerró el frigorífico y regresó a la pieza grande. Se colocó en el centro, mirando a todos lados. A juzgar por el polvo tan equitativamente repartido por todos lados, allí no había estado nadie desde hacía días. La mesa, el televisor, las sillas... En ningún sitio se observaba el trozo brillante, limpio de polvo, que podría indicar un uso reciente.

De pie en el centro de la pieza, Glenn Dunn tuvo de pronto un ligero vahído. Aquel calor... Se llevó una mano a la frente, y la retiró húmeda de sudor, más bien completamente mojada. Notó entonces el cosquilleo de una gruesa gota de sudor resbalando hacia el pecho por la garganta.

El siguiente vahído fue aún más fuerte, más intenso. Y de pronto, todo dio un vuelco y un giro a la vez; como si estuviera dentro de una esfera ardiente que girase vertical y horizontalmente. Cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, había caído ya de rodillas, y estaba sacudiendo la cabeza, pesadamente. No veía nada. Sólo manchas, sombras, cosas de colores que giraban en una locura cegadora y al mismo tiempo oscura, densa...

El olor a gas lo notó de pronto. Es decir, se dio cuenta de pronto de que lo que había estado notando era olor a gas. Muy tenuemente, pero lo había notado. No un gas de uso doméstico, desde luego, cuyo olor es más intenso.

Un gas especial.

Pareció que su cabeza diese otra de aquellas horribles vueltas, aquel doble giro vertical y horizontal a la vez. Quiso ponerse en pie, y casi cayó de bruces. Un nuevo esfuerzo lo dejó en la vertical, tambaleándose, caminando a trompicones hacia la puerta. Su mano izquierda asió el pomo y lo giró. Quiso girarlo. No cedió. Dio un tirón fortísimo, la puerta crujió, pero continuó cerrada.

Al otro lado, ruido de pies. Ruido de pies moviéndose velozmente escaleras abajo. Un ruido de pies característico, de zapatos de fino tacón... Un taconeo agudo y veloz. ¿Una mujer?

Casi cayéndose, Glenn Dunn llevó la mano hacia la pistola. Pero no la sacó. Todavía quedaba lucidez en su cerebro: podía, ciertamente, abrir la puerta de un par de disparos silenciosos. Pero lo querían vivo. Igual que a los otros. No obstante, si él abría la puerta, y había alguien abajo, esperando, y veían que podía escapar, quizá no les importase matarlo. Dispararían contra él... y con todas las ventajas.

Dio media vuelta y se lanzó hacia el dormitorio. Tampoco quería abrir las ventanas de la fachada. Mientras tuviese lucidez y fuerzas, haría lo más conveniente.

El suelo pareció saltar, dar un bandazo, agitarse, ondularse. El agente del FBI cayó sobre la cama, rebotó, rodó por encima y cayó de plano, cara al techo, sobre el duro piso. Sus manos se crisparon en las ropas de la cama, para utilizarlas como asidero. Y todo lo que consiguió fue arrancarlas, echárselas encima...

Se desembarazó de ellas como pudo, se arrastró hacia la ventana y buscó a tientas el pestillo manual. Aquello sí resistió su peso... Consiguió ponerse en pie, si bien ya lo veía todo completamente negro, como el más oscuro y profundo pozo a cuyo fondo no acababa de llegar en aquella caída que ahora parecía lenta, acolchada, como si flotara... La luz del sol le dio de pronto en los ojos, brusca, dolorosamente, como el relámpago de un *flash* gigantesco. Cayó hacia atrás, resistiéndose a soltar el pestillo que había conseguido abrir.

Pero tuvo que soltarlo. Y quedó cara al techo, todavía con los ojos abiertos, viendo cómo aquella nube negra se iba disipando, deshilachándose, desapareciendo ante sus ojos. Una nube que jamás había existido, salvo para él. Todo volvió a adquirir su colorido habitual, lleno de vida: se veía el cielo azul, oía el canto de unos pájaros en las palmeras del patio interior... Tardó casi quince segundos en ponerse en pie, aspirando casi salvajemente, como un animal puro y simple, el aire limpio que entraba por la ventana abierta. Quince segundos... que le parecieron quince siglos.

Llegó a la ventana, todavía aturdido...

Plop.

¡Crash...!

Primero fue el disparo con silenciador. Inmediatamente, el «crash» de la madera astillada por la bala, el impacto de aquellas diminutas astillas contra su rostro. Se encontró de rodillas al pie de la ventana, con la pistola en la mano; su reacción había sido casi de autómatas: dejarse caer, sacar la pistola, encoger la cabeza...

Por encima de él, el marco de la ventana se veía astillado por la bala. Y otra bala había entrado inmediatamente detrás, buscando, como la anterior, su cabeza. Un hombre cualquiera, un hombre no entrenado en el FBI, habría terminado allí su peregrinaje por la vida. Un agente especial del FBI «tenía» que encogerse al primer disparo, prevenir los sucesivos. Eso era lo que él había hecho... y había salvado la vida. Nada se enseña en vano en las academias federales. Cada gesto, cada movimiento, cada una de esas reacciones sobre las que se machaca continuamente, tenían ahora una explicación... y una aplicación práctica... Y así, la tercera bala, entrando limpiamente por el hueco de la ventana abierta, fue a dar al techo, lo desconchó, dio en el suelo al rebote, y se clavó en uno de los silloncitos del dormitorio, con un sonido suave, acolchado.

A continuación, los reflejos del

G-man

se ciñeron a las enseñanzas del FBI. La básica de éstas es simple: no disparas nunca... Pero si quieren matarte, dispara tú a matar.

Y querían matarlo.

Se puso en pie, se asomó por un lado de la ventana, sacó la pistola y disparó.

Un instante. Ni siquiera un segundo.

Y en tan poco tiempo, lo vio todo. Tres hombres. Uno de ellos no parecía llevar armas; los otros dos eran los que estaban disparando. A los pies del primero se veía una gran caja de madera, con una explicación en español respecto a su cometido. Una caja grande... Como un ataúd, más o menos. Es decir, bien claro estaba, el sistema que habían pensado emplear para sacar de allí, inconsciente, al agente del FBI recién llegado de Estados Unidos. La cosa era simple: se le gasea, se le duerme. Luego se le baja al patio, por medio de una cuerda o algo parecido. Y en la caja de maderas se llevan a otro G-man, rumbo... a lo desconocido.

Mas como la cosa parecía haber fallado, los otros dos tiraban a matar.

No muy bien, desde luego.

Tampoco él, Glenn Dunn, todavía parcialmente aturdido, tiró con la académica eficacia habitual. En ese segundo escaso, vio a uno de los hombres saltar hacia atrás, soltando la pistola. Le había dado, eso era seguro. Pero no mortalmente.

Volvió a asomarse tres segundos después. El de la caja corría a toda prisa hacia el fondo de la manzana. El herido se estaba poniendo en pie, y el otro de la pistola le ayudaba, pero mirando hacia la ventana.

Su puntería no era del todo mala apenas Glenn asomó la cabeza, volvió a disparar:

Plop, plop, plop...

Las tres balas, casi juntas, lanzaron un golpe de aire hacia la cabeza de Glenn, sin darle tiempo a disparar. Se escondió, esperó un par de segundos apenas y volvió a asomar. Un hombre estaba ayudando a otro a correr, alejándose de allí, también hacia el fondo de la manzana. Glenn disparó un par de veces con su pistola silenciosa. Apenas dos chasquidos suavísimos. Observó una vacilación en los dos que huían, apoyándose uno en otro. Pero de nuevo tuvo que esconderse, para esquivar las balas que iban hacia él...

Cuando de nuevo se asomó, dispuesto a continuar el intercambio de plomo, ya no había nadie en el patio interior. Los pájaros habían dejado de cantar, había un extraño silencio allí... y eso era todo. Ni un alma en el soleado patio de las palmeras y los bananeros.

«Cuidado, Glenn —se advirtió a sí mismo—. La trampa es simple: si bajas ahora por esta ventana, te van a acribillar. Eso es lo que esperan que hagas: un enemigo herido, otro que tiene que ocuparse del herido... Una trampa muy simple: si bajas por esta ventana, no llegarás vivo al patio».

¿Y la puerta?

Podía salir por la puerta, rodear la manzana, ver salir al herido, al que había estado al cargo de la caja, al otro, que ayudaba al herido...

Todo demasiado simple y burdo.

Se quedó junto a la ventana, guardando la pistola. No sería él quien desperdiciase las balas de su pistola. El plomo, a veces, vale mucho más que el oro. Una onza de plomo, a veces, puede valer más que mil libras de oro, exactamente.

Estuvo casi cinco minutos respirando el aire limpio, fresco y ardiente a la vez; aire sano, puro. Le dolía la cabeza, pero eso no mataba a nadie.

Por fin decidió que había llegado el momento de salir de allí. ¿O no? Mejor era asegurarse.

Fue a una de las ventanas de la fachada, la entreabrió y miró hacia la avenida. El coche de la policía guatemalteca continuaba allí, y los dos policías continuaban charlando, vigilando de un modo amable y reposado a su alrededor. Era poco probable que alguien se atreviese a buscar jaleo delante de ellos.

Y así fue. Salió de la casa (la mujer del lunar le tomó otro par de fotografías desde la ventana del edificio de enfrente), y fue a su hotel.

Allá ordenó que le alquilaran un auto. Y mientras lo hacían, almorzó, durmió una corta siesta que en realidad estuvo casi exclusivamente dedicada a pensar... Y el resultado de estos pensamientos fue que, sin remedio, tenía que ir a visitar a Ralph Brennan, el jefe de los servicios del FBI en Guatemala.

Hacia las cuatro y media se puso en camino hacia Pueloviejo.

CAPÍTULO III

El canto del quetzal, según se dice, es armonioso. El quetzal es el pájaro..., el ave mascota de Guatemala, hasta el punto de que figura en su escudo. Es un ave de plumaje multicolor, alegre y hermoso, una especie del «ave del paraíso»..., pero del paraíso guatemalteco.

Posiblemente no era un quetzal el ave cuyo canto se oía por entre las palmeras, y entre los umbríos árboles del cafetal. Se oía lejos, distante, como en un sueño de siesta, profundo y ligero al mismo tiempo.

La casa se veía al fondo. Una casa blanca y roja, y ocre, con tejados de vertientes inclinadas, por las frecuentes lluvias. Unas espesas lluvias tropicales, de gran abundancia, casi creadoras de pantanos.

De un modo u otro, todo lo que se oía en la tarde era el canto de aquel pajarraco, fuera cual fuese.

Glenn Dunn había dejado el auto lejos de la casa, y se acercaba a ésta con todas las precauciones de quien sabe que ha estado a punto de seguir la misma suerte probable de siete compañeros: un poco de gas, el desvanecimiento, y luego... ¿Quién sabe?

Se detuvo a unos doscientos pies de la casa. Había una terraza amplia, sombreada magníficamente por altas palmeras de copa espesa... El aroma del café se extendía como una nube densa por todos lados... Un café tierno, que todavía tardaría algunas semanas en ser cosechado.

En la terraza, sujeta a dos palmeras, se veía una hamaca, y en ella, un hombre; al parecer, durmiendo. El hombre yacía blandamente, como derrotado. Su pierna derecha parecía blanca, completamente envuelta en la escayola: Ralph Brennan. No podía ser otro.

También su rostro era una mancha blanca de vendajes. Su mano derecha colgaba fuera de la hamaca, y en el suelo se veía un «pay-pay» de tono rojo y verde.

Eso, el canto del quetzal y los intervalos de silencio, eran todo.

El

G-man

se separó del árbol, dio un paso... Uno solo. Oyó entonces el rumor a su espalda. Un rumor levísimo, pero alarmante. Quiso volverse, llevar la mano a su pistola... y un contacto helado quedó en su garganta. Primero fue un brillo pasando bajo su barbilla; luego, el contacto helado del enorme machete, cuyo filo quedó justo bajo su barbilla, como un trozo de hielo alargado y cortante.

—Lo mato —dijo una voz, en maya.

Glenn Dunn ni siquiera pudo tragar saliva. Pero sí pudo susurrar, roncamente:

—Soy amigo.

—No hay amigos. No hay buenos amigos. No hay nadie que tenga que vivir... Su pistola, al suelo. ¿Por qué habla maya?

Quiso moverse con cierta libertad, pero el filo del machete pareció incrustarse casi mortalmente en su garganta. Sacó la pistola, la dejó caer al suelo, y dijo:

—Amigo de Ralph Brennan.

—Tú mientes. Tú vas a seguir caminando hacia la casa, con las manos en la espalda, para verlas. Tú harás eso... o yo te clavaré el machete en la espalda. Tú lo harás.

—Soy americano —deslizó Glenn.

—Los americanos somos nosotros. Los mayas. Tú, «yankee», sigue caminando hacia la casa. Tú no harás nada. Tú irás a ver al amo. Tú no vas a vivir si haces cosa diferente. Los «yankees» no son todos buenos en Guatemala... No son todos buenos. Camina hacia la casa. El amo ya nos oírás llegar. El tiene una pistola como la tuya.

—Haré lo que dices.

—Sí lo harás. Y si no lo haces, te clavaré el machete en la espalda. Ahora, tú camina. Yo iré viendo tus manos y tu espalda. Tú, camina.

El machete dejó de estar apoyado en su garganta. Glenn Dunn pasó las manos a su espalda y echó a andar hacia donde dormía el

hombre de la pierna escayolada.

Volvió ligeramente la cabeza, para intentar ver a su aprehensor, y la punta del machete casi se clavó en su mejilla.

—Tú...

Se agachó, lanzó el codo izquierdo hacia atrás. Y al mismo tiempo que notaba el seco golpe contra algo, el machete pasaba silbando justo donde una fracción de segundo antes había estado su cabeza. El menor descuido habría servido para que su cabeza rodase por el suelo.

Pero no fue así, y el

G-man,

tras el primer codazo, se dejó caer de espaldas al suelo. Sus manos se apoyaron en éste, y sus pies salieron lanzados en un golpe de siega, paralelos al suelo. Dieron en las piernas del hombre del machete y lo tiró aparatosamente hacia atrás. El machete salió volando hacia el pie de un frondoso árbol. Glenn quiso saltar hacia él, pero su desconocido enemigo lanzó un grito furioso, se interpuso lateralmente en su camino y cuando el

G-man

pasaba junto a él, le lanzó un terrible golpe con la mano derecha, de canto. Glenn apenas tuvo tiempo de hundir la cabeza entre los hombros. Lo consiguió, pero aun así, el golpe fue como un hachazo seco, sin filo. Rodó sobre sí mismo, derribado por el fuerte trallazo.

Cuando quedó en pie, se quedó mirando al hombre del machete, que nuevamente lo tenía en su mano derecha y lo blandía amenazadoramente.

—Sigue caminando. Te mato.

Glenn caminó hacia el hombre. Habría dado cualquier cosa por estar seguro de que el desconocido era amigo de Ralph Brennan. Pero cuando siete agentes del FBI están en situación de desaparecidos, y el octavo enviado a Guatemala ha estado a punto de ser gaseado, los amigos tienen la misma importancia que una gota de lluvia en el desierto.

—Dame el machete —dijo Glenn—. Y yo iré a ver a Ralph Brennan.

—Sin machete, sin armas, tú vas a ir allá, a su pistola...

El del machete no estaba muy enterado respecto a las posibilidades de un agente del FBI, según parecía. Glenn se acercó

inexorablemente a él y creyó oportuno lanzar un machetazo capaz de partir en dos a un hombre... El

G-man

se limitó a saltar a un lado, asió la mano del desconocido con su izquierda y lanzó la derecha hacia atrás. El golpe dio de lleno en el pecho del otro, que lanzó un quejido sordo, casi de asfixia. Glenn no soltó aquella mano; tiró de ella, derribó de bruces al hombre y su pie derecho cayó como un martillo pilón sobre sus riñones.

—¡Auahggg...!

El hombre quedó paralizado de dolor, sin aire en sus pulmones. Glenn recogió rápidamente el machete y apoyó el filo en la nuca del otro.

—Te mueves, y yo te mato —advirtió.

Como respuesta sólo recibió un jadeo entrecortado, un suspiro ronco. Se puso en pie, retrocedió, recogió su pistola y apuntó con ella al hombre, que se había puesto en pie, y lo miraba fijamente.

—¿Eres amigo de Ralph? —preguntó Glenn.

—Tú no, yo sí.

Glenn tiró el machete, de pronto, dejándolo clavado en uno de los árboles.

—Vamos a verlo a él —ordenó—. Y él dirá cuál de los dos es su amigo. Ahora, tú camina delante de mí. Coge el machete.

—Tú mientes.

—Camina. Mi pistola no mentirá.

El hombre arrancó el machete del árbol. Vestía como un indio, pero sus rasgos eran demasiado correctos, no tan cobrizos como correspondería a un indio puro. Tenía la frente despejada, la mirada inteligente y viva, la boca firme, la actitud orgullosa. Sin lugar a dudas, tenía todas las características del «ladino»^[1].

Caminaron los dos silenciosamente hacia la terraza de la casa. Llegaron cerca del durmiente, y Glenn movió la pistola indicando al otro que se acercase al que, según todas evidencias, era Ralph Brennan. El ladino fue hacia allá, mirando de reojo al

G-man.

Quedó junto a Brennan, y se volvió descaradamente.

—Despiértalo —ordenó Glenn.

El durmiente alzó de pronto su mano derecha y una imponente pistola quedó apuntada al

G-man

llegado de Washington.

—Estoy despierto, señor —dijo en español—. Y, según parece, estamos los dos en las mismas condiciones. Sólo tenemos que preguntarnos cuál de los dos soltará antes su pistola.

Glenn frunció el ceño. Se quedó mirando aquel rostro envuelto en vendas casi completamente, la firme mano, la pierna escayolada. Sólo veía un ojo y la boca del hombre. Lo demás desaparecía bajo una profusión de blanquísimos vendajes.

—¿Brennan? —preguntó.

—Soy Brennan. Y usted es... ¿Hadaway?

—Glenn Dunn —suspiró éste—. ¿Recibió la llamada del señor Hadaway?

—Correcto —pareció que la boca se alargaba en una sonrisa—. Todo está bien, Miguel: ve a traer un poco de *whisky* con hielo. ¿O prefieres otra cosa, Glenn?

Dunn suspiró, encantado de la vida.

—Un *whisky* con hielo puede hacerme olvidar las asquerosidades de la vida. ¿Es amigo tuyo?

Señalaba al ladino. Ralph Brennan se echó a reír.

—Miguel es algo más que un amigo, Glenn. Es como un feroz perro guardián de mi humilde persona. Cuando vi que lo vencías, a pesar de tener él su machete, supe que tú eras el enviado de Clarence Hadaway. Recibí el mensaje avisándome de tu llegada. Pero ¿no tenías que ponerte en contacto con Segundo Corrales?

—Desapareció.

El ojo visible por entre los vendajes, y la boca, mostraron un gesto de clara preocupación.

—Me lo temía. En Guatemala, según parece, todos los que teníamos algo que ver con el FBI, hemos desaparecido.

Glenn se sentó en una silla hecha con hojas de palma.

—Excepto tú —recordó.

El único ojo visible de Brennan se quedó mirándolo atentamente. De pronto, tanto ese ojo como la boca, mostraron una expresión irónica.

—Es cierto... Excepto yo. De donde se desprende que soy un cochino traidor que...

—Hablemos en serio, Brennan —masculló Glenn.

—Bien... Eso está mejor.

—Lo que no está ni siquiera medianamente bien es tu presencia aquí, en el patio, a la vista de cualquiera que se acerque... con malas intenciones.

—Me gustaría —suspiró Brennan—. Sí, me gustaría que alguien se acercase por aquí. Al menos, tendría el consuelo de haber peleado... Por otra parte, me pregunto si yo merezco mejor suerte que mis compañeros de Guatemala y los dos de México.

—¿Te consideras culpable?

—No lo sé —musitó sombríamente Ralph Brennan—. No lo sé, te lo aseguro. ¿Tú qué crees?

—Bueno... Cualquiera puede romperse una pierna y quedar forzosamente inactivo.

—Sin duda. Pero me pregunto: ¿por qué no vienen hacia mí? ¿De qué modo pueden considerar que les resulto útil estando vivo?

—Por el momento, aquí tienen otro agente... —Glenn se tocó el pecho—. Quizá sea eso lo que quieren.

—Quizá. ¿Cómo ha sido exactamente lo de Segundo Corrales?

—No había nadie en la casa. Todo se veía abandonado desde hace días... Intentaron gasearme. Y casi lo consiguieron.

Brennan se incorporó cuanto pudo, vivamente.

—¿Has hecho contacto? —exclamó.

—Ellos lo hicieron. Se diría que me estaban esperando. A mí o a cualquiera. Naturalmente, tenían vigilada la sastrería de Corrales... Y supongo que también te tienen vigilado a ti.

Ralph Brennan movió afirmativamente la cabeza. En aquel momento llegaba Miguel, llevando una bandeja con una botella de *whisky*, dos vasos, soda y hielo. Glenn le hizo señas de que se serviría él mismo y se quedó mirándolo mientras el ladino servía a Brennan.

—¿Sabía Miguel que yo iba a llegar a ver a Corrales? —preguntó de pronto.

—No. Sabía que yo había sido avisado de la llegada de un agente, pero eso es todo. Miguel es leal, Glenn. Y, además, habla perfectamente el inglés. Te lo advierto —sonrió apenas—, para que no digas nada desagradable sobre él.

—Parece que, en verdad, tienes buen humor —gruñó Glenn—. Bien, tú eres quien conoce este terreno, Ralph. ¿Qué crees que

debemos hacer?

—No lo sé. Y estoy esperando que me expliques lo que pasó exactamente en la sastrería.

—Iré primero a por el coche. Lo dejé...

—Miguel debe saberlo, y él te lo traerá. ¿No es así, Miguel?

El mestizo asintió, y se alejó hacia donde él y Glenn habían tenido el encuentro. Glenn chascó la lengua, satisfecho tras el trago de *whisky*, y relató a Brennan lo sucedido. Cuando terminó, el único ojo visible del accidentado

G-man

estaba muy fijo en él.

—¿Estás seguro de que era una mujer? —musitó.

—Bueno... Me parecieron pasos femeninos. Zapatos de tacón alto. ¿Van por aquí los hombres con zapatos de tacón alto?

—Que yo sepa, no —sonrió Brennan—. Pero todo es posible en esta loca vida. ¿Vas a enviar algún mensaje a Washington? Te indicaré la radio, y así podrás utilizarla, aunque yo no esté presente.

—Eres un pesimista. Veamos esa radio... ¿Te ayudo?

—Pues no veo otro remedio para poder desplazarme.

Estoy esperando un sillón de ruedas, especial. Mientras tanto, Miguel es quien me lleva de un lado a otro, en brazos. Un niño ya crecidity, ¿verdad?

Glenn sonrió. Tomó en brazos a Brennan, y entraron en la casa, por la salita, cuya gran puerta-ventana doble estaba abierta. Sillones, un par de sofás, dos ventiladores en el techo, adornos de caña, cuadros... En un lado de la pared se veían dos machetes, cruzados; dos enormes machetes de evidente factura antigua. Plantas en macetas enormes...

—Pon en marcha los ventiladores, si quieres.

—Luego. Veamos esa radio ahora.

Estaba en el dormitorio de Brennan, dentro del armario. Un rectángulo de la madera del fondo se abría, y entonces se veía la radio, bien instalada en un hueco hecho en la pared.

—Déjame en la cama. Supongo que sabrás arreglártelas solo.

—Desde luego.

Dunn dejó a Brennan sobre el lecho, acercó un escabel al armario abierto, se sentó y metió medio cuerpo dentro. Por supuesto; no tuvo dificultad alguna en arreglárselas con la radio.

Estuvo picando en morse durante no menos de diez minutos. Luego la cerró, cerró también el armario y se volvió hacia su compañero.

—Tendremos que esperar respuesta.

—Me parece bien. Pero sácame de aquí. ¿Sabes que muchas noches duermo afuera?

—Es un estupendo medio de facilitarles las cosas a nuestros desconocidos enemigos.

—Oh, no... Si no me han matado ya, es que les importo un pito. Casi me siento irritado. Y me gustaría poder demostrar a esa gente que, aunque esté cojo y momentáneamente tuerto, sigo siendo peligroso.

—Ellos no lo creen así. Y me parece magnífico.

Ahora fue Brennan quien soltó un gruñido. Glenn volvió a tomarlo en brazos, y lo sacó a la terraza. Miguel había traído ya el coche, y estaba sentado bajo una palmera, fumando, mirando fríamente al perro que había a pocos pasos de él, gruñendo, mostrando los colmillos, como dispuesto a atacarlo.

Dunn dejó a Brennan de nuevo en la hamaca, se sentó y se sirvió medio *whisky*, con más hielo que antes, mirando al perro con el ceño fruncido.

—¿De quién es ese animal? —preguntó, de pronto.

—Mío —dijo Brennan—. El y Miguel no se llevan muy bien, ¿no te parece? Ven aquí, «Banano».

El perro volvió apenas la cabeza. Miró a Brennan, movió un poco la cola y luego se acercó, pero con evidente desconfianza. Llegó cerca de Brennan, y, de pronto, aulló tristemente y se alejó.

—Bien —pareció decepcionado Brennan—. ¿Te parece que sería peligroso que te quedaras aquí, Glenn?

—Ni más ni menos peligroso que marcharme. Naturalmente, estoy tan vigilado como tú. No sé cómo, ni por quién, pero lo estoy..., supongo. Y no me gusta esto, Ralph. Nos encontramos en un callejón sin principio ni fin, no sabemos nada de nada... Son los otros quienes saben de nosotros. Estoy pensando en la conveniencia de decirle a Hadaway que yo solo no puedo atender esto.

—Oh, vamos, Glenn...

—¿Qué quieres que haga?

—Esperar. Es lo mismo que tendría que hacer Clarence Hadaway y los compañeros que vinieran con él, ¿no te parece?

Glenn asintió pensativamente.

—Claro...

—Tenemos que esperar —intentó sonreír Brennan—. Quien sea, quiere algo, ¿no? Pues que venga a buscarlo.

—Les sería muy fácil, mientras permanezcamos en esta terraza. Sólo tienen que disponer de un par de buenos rifles con mira telescópica, apuntarnos desde unos cientos de yardas, o menos, y disparar.

—Si no me han matado ya, es que no les interesa. Esperemos a ver qué quieren. Que vengan. Porque no te quepa duda de que vendrán, Glenn. Me quieren vivo.

—A ti, puede que te quieran vivo. A mí quisieron matarme en la casa de Segundo Corrales.

—Es que te pusiste difícil —rió Brennan—. Pero créeme: esperemos. Tú conoces, sin duda, ese filosófico pensamiento mahometano: siéntate a la puerta de tu casa, y cualquier día verás pasar el cadáver de tu enemigo.

—No creo que nos envíen cadáveres.

—Pero no será por falta de material. Tienen siete hombres que muy bien pueden convertirse en cadáveres, si no lo son ya. Esperemos. En este clima, la impaciencia no es buena... ¿Qué miras?

—Alguien viene.

Llegaba un coche por el camino, ciertamente. Pero Brennan se echó a reír cuando el

G-man

llegado de Washington sacó su pistola y se la colocó bajo un muslo, en la silla.

—Guárdala, guárdala —aconsejó, riendo—. Vas a tener ocasión de conocer a una linda, dulce y caritativa personita.

CAPÍTULO IV

La dulce, linda y caritativa personita, era una muchacha de unos veintitrés años, rubia, de grandes ojos gris azul y cuerpo en verdad escultural. Saltó ágilmente del vetusto cacharro con ruedas que había llegado jadeando al borde de la terraza; un descapotable que parecía de los años treinta, pintado de rojo y azul, sucio de polvo por todas partes.

Y al saltar se vieron sus magníficas piernas, blancas y finas, y su erguido busto se agitó bajo la blusita verde, sin mangas, escotadísima. Brennan miró de reojo a Dunn, y sonrió al ver el gesto de estupefacta admiración de su compañero.

—¡Ralph! —gritó la muchacha—. ¡Aquí te traigo tu nuevo vehículo!

Entró en la terraza con pasitos menudos, saltarines, alegres, señalando hacia el coche, en cuyo asiento posterior se veía una silla de ruedas.

Se acercó a Brennan, le dio una palmadita en la escayola, lanzó un profundo suspiro... y se quedó mirando a Glenn Dunn, con aspecto de sorprendida... Gratamente sorprendida.

—Te presento a un compatriota nuestro —rió Brennan—. Se llama Glenn Dunn, y es un comprador de chile y café. Glenn, ella es Letitia Clayton, una linda muchacha de gran corazón... y un enorme talento artístico.

—Oh, Ralph, no te burles —tendió la manita—. ¿Cómo está, señor Dunn?

—Bien... Bien, gracias. Encantado...

—Yo también —sonrió la muchacha.

—Bueno, bueno —masculló alegremente Brennan—. Temo que estoy asistiendo a un flechazo. Pero eso no me interesa a mí. A ver

esa silla de inválido que me has conseguido, Letty. Demonios, Glenn, entre tú y Miguel ya tendríais que haberla descargado... ¡Miguel...! ¡Muévete!

Glenn sonrió a la muchacha y se puso en pie, dirigiéndose hacia el cacharro con motor. Entre él y el mestizo descargaron la silla de ruedas, mientras Letitia descargaba una pieza supletoria con una rueda pequeña. La montaron en la terraza, bajo la excitada dirección de la muchacha. Luego, ayudaron a Brennan a sentarse en ella. La pierna escayolada quedó sobre el soporte supletorio con ruedecita.

—Vaya —masculló Brennan—. Desde luego, al menos, es más cómodo que la moto. Pero jamás aceptaré moverme en este... artefacto.

—No seas niño —protestó Letitia—. ¡Tendrías que saber lo que me ha costado encontrarla y conseguir el supletorio...! ¡No puedes rechazarla!

—Bueno... Es que me siento como un inválido al borde del otro mundo, Letty...

—Pero puedes ir de un lado a otro sin fastidiar a nadie —dijo ella, riendo—. Apuesto a que Miguel está harto de llevarte de un lado a otro. ¡Y en brazos sí que pareces un niño! A ver, prueba...

El

G-man

probó, de un lado a otro de la terraza. En pocos segundos cogió el dominio de la silla rodante, y Letitia se echó a reír.

—¿Lo ves? —exclamó—. ¡Ya eres un personaje útil! ¡Y, además, estás encantador!

—Está bien, está bien... Me la quedaré. ¿No quieres beber algo? ¿O tienes prisa?

—¿Prisa? ¡Ninguna!

—Magnífico. Entonces, quizá te gustaría quedarte a cenar... ¿Qué te parece la idea? Ah, y te advierto que Glenn también va a quedarse.

Letitia Clayton miró intensamente a Dunn, con una dulce sonrisa casi maliciosa.

—Me parece una buena idea —musitó.

—No es justo —protestó Brennan—. Desde que te conozco estoy intentando enamorarte, sin conseguir otra cosa que sonrisas... Y

llega un tipo cualquiera y te embobas con él.

Letty se echó a reír, y Glenn la imitó, un tanto cortado.

—Tomaré *whisky* con hielo y mucha soda, Glenn —dijo ella—. ¿Le sirvo lo mismo?

—No, no, gracias... Ya he bebido suficiente por esta tarde. Si me lo permite, yo le serviré su *whisky*.

—¿No es encantador? —refunfuñó Brennan.

—No seas celoso —sonrió ella—. Glenn es mucho más guapo que tú. Al menos, ahora. Estás horrible, Ralph. Sólo con un ojo visible, la cabeza como un fantasma, la pierna rígida... Ya volveremos a hablar cuando estés guapo.

—Dudo que eso ocurra —dijo sombríamente Brennan—. Parece ser que me quedarán algunas cicatrices en la cara, Letty.

—Bueno... —La muchacha sonrió débilmente—. Hoy día, el que es feo es porque quiere. Unas sesiones de cirugía plástica dejarán tu cara como si nada hubiera ocurrido. ¿No cree usted, Glenn?

—Desde luego.

Le tendió el vaso con *whisky*. Ella bebió un sorbito, fijos sus sonrientes ojos en Glenn Dunn, que encendió un cigarrillo cuando la muchacha bajó el vaso.

—Se me está ocurriendo —dijo Letty— que, puesto que toda mujer está obligada a deslumbrar a los hombres con su belleza, yo no debo ser menos. De manera, señores, que iré a mi choza a cambiarme.

Brennan rió irónicamente.

—¡Choza! —exclamó—. ¡Llama choza a la casa más grande de cien millas a la redonda! Letty es una excéntrica, Glenn. Tanto, que se dedica a pintar.

—Entonces, tú también eres un excéntrico —rió ella—, puesto que también pintas, querido.

—Es cierto —parpadeó Glenn—. Supongo que esos cuadros de la sala son tuyos, Ralph.

—Y otros que tengo escondidos, por vergüenza —bromeó Brennan—. Pero, al menos, algo bueno le debo a la pintura.

—¿Qué cosa?

—Gracias a pintar conocí a Letty. Si yo no hubiera necesitado pinturas hace un mes, no la habría conocido jamás. Imagínate, Glenn: llego a Guatemala, a comprar pinturas y otras cosas, y

cuando estaba encargando mi pedido..., ¿quién dirías que entró en la tienda?

—¿Letty? —sonrió Glenn.

—¡Justo! ¿No fue una maravillosa coincidencia? —Los dos federales se miraban fijamente—. Y desde entonces, raro es el día en que Letty no me visita, para cambiar impresiones sobre sus cuadros... ¿No has traído ninguno hoy, preciosa?

—No. Me he ocupado solamente de tu nueva moto —señaló la silla de ruedas.

—Pero no por amor. Al principio —suspiró el accidentado—, creí que Letty venía aquí casi todas las tardes porque se había enamorado de mí apenas verme en la tienda, y que utilizaba la afición a la pintura de ambos para poder visitarme diariamente. Luego, descubrí que tenía unos motivos muy diferentes para venir.

—¿Qué motivos? —susurró Glenn.

—¡Pues la pintura, realmente! ¿No te parece triste?

Rieron los tres. Letitia acabó su *whisky* y se puso en pie.

—Iré a ponerme un vestido adecuado. Hasta luego. Ha sido de verdad un placer conocerle, Glenn. Y como Ralph no está en condiciones de bailar, espero que usted me invite esta noche, en esta misma terraza.

—Ejem... Será un placer, sí...

—¡Pues hasta luego!

Letty se alejó, con su paso agilísimo, alegre. Saltó al coche, lo puso en marcha y se alejó a buena velocidad, con fuertes y rechinantes traqueteos del viejo automóvil.

—¿Te has molestado en investigarla un poco? —musitó Glenn.

—Naturalmente. ¿Por quién me tomas?

—¿Y...?

—Nada. Es una hija de papá con dinero, y se dedica a dar una vuelta por el mundo. Es simpática, bonita y amable. Pero pinta que da pena. De todos modos, cada uno vive con una ilusión, ¿no? Y si la ilusión de Letty es pintar..., pues que pinte.

—¿Está sola en Guatemala?

—Eso parece. Antes había estado en París, Bombay, Tokio, Honolulu... En muchos sitios. Es una chica alegre.

—¿Crees que realmente te conoció por casualidad?

—Bueno, ¿por qué no? Tiene una enorme casa en las afueras de

Pueloviejo, como yo. Un caserón grandioso y destartelado, de adobe. Vive sola, se pasa el día pintando, por las tardes viene aquí a charlar un rato... Me gusta.

—¿Te gusta en serio?

—No tanto —rió Brennan—. Quiero decir que me resulta agradable y simpática. Pero una mujer a la que no le digas ni siquiera una sola vez que la amas, te odiará para siempre.

Glenn asintió, en silencio.

—Creo que iré a Guatemala a recoger mis cosas —dijo al cabo de unos segundos—. Y quizá a la vuelta podría recoger a Letty, con lo que se evitaría muchos traqueteos en ese viejo auto. ¿Dónde vive, exactamente?

—Has tenido que ver el caserón al venir hacia aquí. Hay un camino a la izquierda, unas quinientas yardas a la salida de Pueloviejo. Al fondo, se ve el caserón. Casi parece una misión de los colonizadores. Es muy fácil de encontrar.

—Bien. Hadaway nos radiará desde Washington dentro de una hora, calculo. Si no he regresado, que es lo más probable, recoses el mensaje.

—De acuerdo. ¿Vas a Guatemala a recoger tus cosas?

—Sí. Hasta luego.

* * *

Entró en su habitación del hotel, el Colón, en la avenida del mismo nombre. Fue al armario, sacó la maleta y la colocó sobre la cama. Se sentó en el borde de ésta, pensativo, encendiendo un cigarrillo... Se quedó mirando el encendedor. ¿Valía la pena revelar la microfoto de Letitia Clayton?

No lo hizo, pero continuó pensativo, fruncido el ceño. Por supuesto, podía estar equivocado, pero...

Se quitó el reloj de la muñeca, lo desmontó y dejó al descubierto la diminuta grabadora magnética, que cabía en la mitad de la caja del reloj, dejando la otra mitad a la auténtica maquinaria de éste. Abrió la maleta, lo sacó todo y destapó el doble fondo. Sacó un aparato poco más grande que un paquete de cigarrillos, extrajo de él dos hilos delgadísimos, tirando con mucho cuidado, y los conectó a los pequeños orificios de la grabadora. Lástima que había grabado poca conversación; había empezado a hacerlo poco antes de que

Letitia Clayton decidiera marcharse, justo cuando le pareció que su inglés no era todo lo impecable que debiera, quizá carente de algunas de las inflexiones de voz corrientes en todo norteamericano.

La voz de Letty Clayton brotó del aparato más grande, a un volumen que el

G-man

graduó. Pasó la cinta tres veces, escuchando más que la conversación el tono de voz de la muchacha. No quería palabras, sino sonidos, modulaciones.

Ya no la pasó por cuarta vez. Naturalmente, podía equivocarse, pero aquella inflexión de voz correspondía a un ruso hablando inglés norteamericano. Pequeños detalles, solamente. Muy pequeños. Para darse cuenta de ello hacía falta conocer a la perfección el ruso, haber oído conversaciones en ruso, el cual, ciertamente, era su caso.

Entonces. ¿Letitia Clayton era rusa?

Pero todavía había algo más que le tenía preocupado. Y mucho más que la posibilidad de que Letty fuese rusa. En el espionaje, todo esto no tiene una gran preocupación para quien sabe el terreno que pisa. Encontrarse a un enemigo es cosa normal.

Pero...

Se puso en pie bruscamente, fue al buró de la salita y cogió unas cuantas hojas con el membrete del hotel. Se sentó, y con un bolígrafo empezó a dibujar el rostro de un hombre. Poco a poco, si bien con no demasiada exactitud, el rostro de Ralph Brennan fue tomando forma en la hoja de papel. El rostro de Ralph Brennan que él había visto en la diapositiva que le había mostrado Clarence Hadaway en Washington el día anterior. Lo tuvo en cinco minutos, poniendo especial cuidado en recordar con la máxima exactitud posible la boca del agente jefe en Guatemala, y los ojos. Todavía dio unos toques más. La boca algo más ancha... El mentón algo más saliente... Los párpados algo altos...

Okay.

Apartó aquella hoja y empezó otro dibujo. Esta vez era la cabeza vendada de un hombre, de la cual sólo se veía la boca y un ojo. Los vendajes fueron hechos de unos cuantos trazos descuidados, pero la boca y el ojo fueron dibujados con todo cuidado, despacio, forzando al máximo la memoria.

Este dibujo le llevó menos de cinco minutos. Luego volvió a coger el otro, el primero, y dibujó una venda sobre toda la cabeza menos sobre la boca y el ojo.

Finalmente, comparó los dos dibujos. Eran más bien malos, de ninguna calidad, por supuesto. Pero resultaban más que suficientes para que un buen observador no tuviese lugar a dudas respecto a la diferencia que existía entre ambos ojos, entre ambas bocas. El ojo del primer Ralph Brennan mostraba el párpado más alzado; la boca, un trazo más ancho y largo. La boca del segundo Ralph Brennan, es decir, la del hombre que estaba en la casa de la plantación con una pierna enyesada, era más corta y más fina, con un piquito algo saliente en el centro del labio superior; el ojo era más alargado, y el párpado descendía más.

Glenn Dunn palideció, mordiéndose los labios. Desde luego, ni remotamente podía admitir que Clarence Hadaway le hubiese mostrado la fotografía de otro agente en lugar de la de Ralph Brennan. Habría sido un error tan brutal, tan descomunal, que la persona capaz de cometerlo jamás habría llegado al despacho de Hadaway, casi contiguo al de John Edgar Hoover. No podía haber error.

Entonces, el hombre que estaba en la plantación con la pierna escayolada y la cabeza vendada, no era Ralph Brennan.

Todavía pálido, Glenn estrujó ambos dibujos, lentamente. ¿Qué estaba ocurriendo allí?

¿Qué esperaban del FBI? ¿Por qué continuaban manteniendo contacto con Washington? ¿Qué tenían preparado para él? Desde luego, ya habían pretendido capturarlo, con el gas. Luego, al ver que no habían conseguido dormirlo, habían tirado a matar. Finalmente, escapa, llega a la plantación, y un mestizo le ataca con su machete, como si de verdad estuviera protegiendo la vida de Ralph Brennan... No era lógico. Se podía disculpar que él, que jamás había oído la voz del auténtico Brennan, fuese inicialmente engañado. Pero el mestizo Miguel tenía que saber, por fuerza, que el hombre de la pierna escayolada no era Ralph Brennan. Por tanto, el mestizo también entraba en el juego. Y Letitia Clayton, claro.

Se estaban burlando de él, eso era lo cierto.

—Muy bien.

Quemó los dibujos en el inodoro, recogió sus cosas y se aseguró

bien la funda adhesiva en el sobaco izquierdo. Se sentía irritado porque sabía que lo estaban vigilando. Era lo lógico. Como también tenía lógica ahora el ataque de que había sido objeto por la mañana en la casa de Segundo Corrales. Habían querido capturarlo, único modo de que Ralph Brennan supiera con seguridad si él había llegado sólo a Guatemala. De haber llegado solo, el falso Brennan habría radiado por morse a Clarence Hadaway que todo iba bien y que las investigaciones iban adelante; posiblemente, incluso, habría firmado el mensaje con el nombre de Glenn Dunn. Y si no hubiera llegado solo, al haber sido capturado por aquellos tres hombres, los hipotéticos compañeros que le habrían acompañado en él viaje habrían tenido que ir a ver a Brennan, poniéndose al descubierto.

Era evidente, pues, que si estaba vivo todavía era porque el falso Brennan se había convencido de que estaba solo en Guatemala. Y puesto que estaba solo, le dejaban en libertad de movimientos, no insistían en capturarlo o matarlo, lo cual les habría sido fácil en la plantación; muy buena también la actuación del falso Miguel, atacándolo con el machete... Y todo ello llevaba a una conclusión; el falso Ralph Brennan no las tenía todas consigo respecto a los planes de Clarence Hadaway. Había estado temiendo que Hadaway sospechara algo. Ahora, sabiendo que él, Glenn Dunn, había sido enviado en solitario a Guatemala, permanecía pasivo, ganando tiempo, esperando... Esperando, ¿qué? Tiempo. ¿Para qué? Tranquilizado, el falso Ralph Brennan lo dejaba vivo, libre... Eso sólo quería decir que lo consideraba conveniente así por si Glenn Dunn tenía algún contacto especial y directo con Hadaway. Un hombre solo no era considerado peligroso... Bien, eso ya se vería.

Con la maleta en una mano, fue a la puerta, la abrió y quedó clavado en el suelo, contemplando la pistola que apuntaba firmemente a su pecho.

CAPÍTULO V

La pistola la empuñaba una mujer. Muy joven, morena, de grandes y bellísimos ojos negros, boca sonrosada, algo gruesa, húmeda; un cuerpo magnífico, erguido, flexible, de cintura delgadísima. Manos bellas, finas, delicadas..., a pesar de la firmeza con que empuñaba la pistola automática.

Tenía un lunar en la barbilla.

—Retroceda —ordenó.

Tras ella había un indio, un auténtico maya puro, con sombrero de paja, camisa roja, pantalones blancos, sandalias. Un indio de más de seis pies, hombros anchísimos, mirada maligna, vigilante. Un coloso de la raza cobriza.

Glenn se resignó a su mala suerte. Todo le estaba saliendo del peor modo posible. No obstante, lo peor que podía hacer era perder la serenidad, de modo que retrocedió, obediente. La mujer entró, y el maya lo hizo tras ella, cerrando la puerta y sacando una enorme navaja, que abrió sin dejar de mirar a Glenn.

—¿Quieres que lo mate? —preguntó en maya.

—No —replicó ella, en el mismo idioma—. Primero vamos a ver si aclaramos lo que él quiere, Zacalapa.

—¿Qué importa lo que quiere? De un modo u otro, él no es amigo nuestro.

—Quizá tampoco sea enemigo. Hay cosas raras en este hombre. No lo mataremos..., de momento.

—Muchas gracias —dijo Glenn, también en maya, sonriendo.

La muchacha lo miró vivamente, sorprendida.

—¿Habla maya? —musitó.

—Eso parece —continuó hablando Glenn en ese idioma—. ¿Puedo saber quiénes son ustedes y qué quieren de mí?

Casi volvió a sonreír al ver el destello de simpatía que, por un instante, pasó por los crueles ojos del indio llamado Zacalapa. Respecto a la hermosa muchacha de los bellísimos ojos, parecía un tanto desconcertada.

—Hemos visto su registro en el hotel... ¿Realmente se llama usted Glenn Dunn... y es norteamericano?

—Todo eso es cierto. Y usted, ¿quién es?

—Yo preguntaré. Le hemos estado vigilando... Incluso tengo algunas fotografías de usted, entrando y saliendo de la casa de Segundo Corrales. También tengo fotografías de la rubia.

—¿De qué rubia? —entornó los ojos el G-man.

—Ya le digo que yo preguntaré. ¿Dónde están mis compañeros?

—¿Qué compañeros? —susurró apenas Glenn.

Zacalapa se le acercó por detrás y le asestó un golpe tan tremendo, con la mano plana, al final de la nuca, que Glenn cayó de rodillas, como fulminado, soltando la maleta, con la sensación de que un émbolo de acero había estado a punto de machacarlo. Sacudió la cabeza antes de alzarla hacia la preciosa morena, que había bajado la pistola para continuar apuntándole.

—Dígale a Zacalapa que si vuelve a golpearme todo será más difícil, señorita.

—Zacalapa le estará golpeando, o cortando a pedazos, hasta que sepamos lo que nos interesa. Llevamos muchos días esperando, señor Dunn. Por fin, hoy ha llegado usted a casa de Corrales, hemos conocido a esa mujer rubia. Yo voy a seguir preguntando. A usted le conviene ir contestando... ¿Dónde están mis compañeros?

—¿Han desaparecido? —preguntó Glenn.

—¿Usted no lo sabe?

Glenn movió la cabeza en un gesto ambiguo, que nada expresaba. Se puso en pie, torpemente, como todavía debilitado por los efectos del seco golpe de Zacalapa.

Y, de pronto, lanzó un golpe con el canto de la mano izquierda hacia la pistola que empuñaba la muchacha, arrancándosela tan dolorosamente que ella no pudo contener un corto y agudo grito de dolor. A continuación, la mano derecha del

G-man

la golpeó, nuevamente de canto, bajo una oreja, secamente,

enviando lejos a la muchacha, ya con los ojos en blanco, desvanecida...

Se volvió con el tiempo justo para esquivar el navajazo que le tiró Zacalapa, arqueándose a un lado. Asíó con las dos suyas la mano del maya, se la pasó por encima, retorció el brazo hasta colocarse a espaldas del indio, y entonces le clavó un brutal rodillazo en los riñones. Le soltó la mano, y con las dos juntas le golpeó en la base del cuello, hacia el hombro derecho.

Y casi lanzó un grito de espanto cuando el maya, en lugar de caer desvanecido, se puso en pie de un salto y le lanzó un bofetón tan escalofriante que si aquella enorme mano le hubiera alcanzado le habría roto, de verdad, la cara.

Pero la oscura manaza del maya pasó por encima suyo, mientras él hundía su puño derecho en el brevísimo vientre del contrario. Zacalapa lanzó un gemido y quedó inmóvil por un instante; el puño izquierdo de Glenn dio en su hígado; el derecho de nuevo en el vientre; el izquierdo en el amplísimo pecho, y un derechazo cruzado al mentón envió a Zacalapa, dando traspiés, hacia el fondo de la pieza, a tropezones, hasta quedar con la espalda pegada a la pared..., todavía con los ojos abiertos, fijos en Glenn, que se apresuró a recoger la pistola y la navaja y a mirar desorbitadamente al maya.

—Quieto... —jadeó el
G-man,
apuntándole—. Quieto ahí, pedazo de roca.

Zacalapa permaneció inmóvil, y Glenn se acercó a la muchacha. Le pasó las muñecas por los sobacos, y la alzó, para dejarla sentada en uno de los silloncitos. Luego, señaló el otro al maya, que obedeció dócilmente; parecía preocupado tan sólo por la muchacha. Se quedó mirándola, inquieto, y Glenn comprendió toda la fidelidad que expresaban aquellos malignos ojos.

—Ve al cuarto de baño y trae agua —ordenó—. Si intentas algo, mataré a tu amiga.

El maya fue a buscar agua. Volvió con ella, y aparentemente ignorando a Glenn, se dedicó a la muchacha, que tardó muy poco en abrir los ojos, girándolos inexpresivamente, desorientada. A una seña de la pistola de Glenn, Zacalapa volvió a sentarse, sin dejar de mirar a la muchacha. Glenn la ayudó a sentarse bien en el

silloncito, y cuando ella recobró totalmente la lucidez, lo primero que vio fue la sonrisa entre desconcertada y amable del G-man.

Debajo de la sonrisa, su propia pistola, ahora entre los dedos de Glenn.

—La situación ha cambiado —dijo éste—. ¿Qué significa eso de que tiene fotos mías? ¿Se refiere a Letitia Clayton al hablar de la rubia? ¿Quién es usted?

La preciosa morena apretó los labios, en un gesto casi altanero, que hizo sonreír de nuevo a Glenn.

—Seamos sensatos —sugirió—. No vamos a estar peleando toda la noche, señorita. Si somos enemigos, liquidémonos cuanto antes. Si somos amigos, será mejor que los dos lo sepamos. ¿Quién es usted?

—No lo diré.

—Si es guatemalteca, y fiel a su país, ahora está estropeándolo todo, señorita... ¿Cómo podría demostrarle que soy amigo suyo? O al menos, eso me parece comprender. ¿Acaso no está usted trabajando para el actual Gobierno de Guatemala?

La muchacha volvió a apretar los labios, y Glenn frunció el ceño, disgustado por una parte, pero admirando al mismo tiempo la dulce curva de aquellos frescos labios.

—Mire... Tal como están las cosas, usted tiene que estar de mi parte, pues de otro modo le seguiría el juego a Brennan y a la rubia... Si no lo hace, es que está contra ellos. Por tanto, de mi parte. Yo sé comprender eso. ¿Usted no? ¿No quiere confiar en mí? Sería beneficioso para ambos.

Ella le miraba fijamente, en silencio. Durante unos segundos, el G-man estuvo contemplando los más grandes y bellos ojos negros que jamás había visto, casi perdiendo la noción de la auténtica situación. Por fin, soltó un gruñido y empleó el más directo golpe de efecto que le habían enseñado.

—Como quiera. Puede marcharse.

Tiró la pistola a las manos de la muchacha, se volvió hacia Zacalapa, y también le devolvió la navaja, tirándosela plana y de lado... Cada uno cogió su arma. Y los dos se quedaron mirando incrédulamente al rubio yanqui de los ojos claros.

—¿Qué pasa? —sonrió Glenn—. ¿Ni siquiera eso les convence? ¿Qué más quieren? ¿Una paloma blanca? Pues no la tengo, lo siento.

Los negros ojos femeninos se entornaron. La pistola apuntó de nuevo al pecho del

G-man,

que sonrió despectivamente y se dedicó a encender un cigarrillo, tensos los nervios, pero aparentando una serenidad absoluta, una indiferencia total.

—Me llamo Gertrudis Salvatierra —dijo la muchacha.

—Encantado. ¿Algo más?

—¿Es usted de la CIA?

—Bueno... Creo que se ha quedado corta, señorita Salvatierra.

—¿Corta?

—Digamos que vuelo más alto, ya que antes mencioné una paloma. Soy amigo, ¿no le basta eso? Si le interesan los motivos de mi estancia en Guatemala, le diré solamente que son más bien particulares. Pero, en todo caso, mis intenciones son amistosas hacia este país. Y otra cosa: si hemos de seguir perdiendo el tiempo, es mejor que se marchen. Yo tengo cosas que hacer.

—¿Qué cosas?

—Calceta —gruñó Glenn—. Buenas noches, señorita Salvatierra.

—Espere... Creo que no está mintiendo, señor... ¿No crees lo mismo, Zacalapa?

El maya, que había estado mirando fijamente a Glenn, asintió con la cabeza. Glenn también aprobó con un gesto.

—Magnífico... A esto le llamo yo fumar la pipa de la paz. ¿Un cigarrillo?

Gertrudis Salvatierra lo aceptó. Zacalapa se puso en pie tomó también un cigarrillo del paquete de Glenn y se colocó detrás de la muchacha. Glenn acercó el silloncito y se sentó ante ella, cada vez más convencido de que Guatemala tenía, por lo menos, una candidata al título de *Miss Universo*.

—Usted me ha preguntado por unos compañeros suyos, señorita. ¿Han desaparecido?

—Sí.

—Magnífico... Bueno, quiero decir que los dos estamos a punto de tomar el mismo tren. O sea, que queremos ir al mismo sitio.

Ahora dígame cómo me ha encontrado y veré cómo llegamos a un acuerdo.

—Yo estaba vigilando la casa de Segundo Corrales.

—¿Por qué?

—Porque últimamente se movía demasiado. Le vimos en varias ocasiones entrar en contacto con extranjeros. Norteamericanos.

—Posiblemente, compañeros míos. ¿Dónde está ahora Corrales?

—No está. Ha desaparecido.

—Entiendo. Y usted quería encontrarlo, de modo que vigilaba su casa. Me vio entrar en ella y me tomó unas fotos. Muy bien. Ahora hablemos de la rubia. ¿Quién es ella? ¿Puedo ver una de esas fotos que le tomó?

—No las tengo aquí. Pero es la misma que estuvo en la plantación a la que fue usted esta tarde.

—Letitia Clayton —musitó el

G-man

—. De modo que fue ella la mujer que estaba al otro lado de la puerta de Corrales cuando yo quise salir. Y escapó. Sus hombres me vieron asomar a la ventana cuando lo que esperaban era verla a ella para que les hiciese la señal de que podían hacerse cargo de mí y meterme en el cajón. Creyeron que la había matado, quizá, y dispararon también a matar. Bien... Todavía es más lógico esto. ¿Ha sido esta mañana la primera vez que han visto a la rubia acercarse a la casa de Corrales?

—Sí.

—No obstante, ella y sus hombres debían vigilar también, como usted. Me vieron entrar... Y como tenían la ventaja de que sabían que yo tenía que llegar allá, pues Brennan o quien sea ese tipo, se lo dijo, ya tenían preparado mi viaje en un cajón... Casi lamento no haberme dejado atrapar. Al menos, sabría ahora dónde están nuestros compañeros, señorita Salvatierra.

—Creo que no le entiendo muy bien.

—Quisieron aturdirme con gases, y luego llevarme a no sé dónde en un gran cajón. Pero no tuvieron suerte. Herí a dos, me parece. A uno, seguro. Y ahora, me pregunto: ¿dónde están aquellos tres hombres que me esperaban con el cajón?

—No lo sé.

Glenn la miró, sonriendo amablemente. En realidad, estaba

hablando más para sí mismo que para la hermosa guatemalteca.

—Lo supongo. Porque encontrar a esos hombres sería tanto como encontrar a nuestros compañeros. Y usted no los ha encontrado.

—¿También sus compañeros?

—Se han esfumado, exacto. ¿Ha estado usted vigilándome toda la tarde?

—Sí.

—Quizá ha creído que la rubia Letitia y yo éramos lobos de la misma camada. Y en tal caso, ¿por qué pretender atraparme a mí, que lógicamente debo ser más peligroso que ella?

—Ella tiene casa, y usted no.

Glenn quedó estupefacto.

—No comprendo.

—Chema Ledesma puede acercarse a una casa grande y aislada como la que tiene esa mujer. Nunca a un hotel. Entonces hemos querido apresarlo a usted para que nos dijese si Chema Ledesma iba a reunirse con alguien en la plantación, o en la casa de la mujer rubia.

—Ajá... Muy inteligente, Gertrudis. Muy bien, de veras. Y ya que hablamos del rebelde coronel Chema Ledesma, ¿por qué cree que va a venir por aquí?

—Sabemos que está preparando algo, y que ronda Guatemala capital. No puede estar lejos.

—No —musitó pensativamente Glenn—. No puede estar lejos, es cierto. Están preparando el golpe rebelde... ¡Claro! Y hasta que lo hayan dado, no quieren jaleos, ni intromisiones. Un buen sistema es hacer desaparecer a la gente, sin rastros. En mi caso concreto, quieren ganar tiempo. ¡Naturalmente! Mientras yo no pase a la acción, mientras me dedique sólo a dar tumbos por ahí, me dejarán tranquilo, porque es el mejor modo de que yo no envíe la alerta a... a mi jefe. Y mientras yo pierdo el tiempo investigando, ellos van preparando el golpe. Y yo me digo: si me dejan tranquilo, es porque esperan hacer las cosas muy pronto... Sí, muy pronto, porque no creo que pretendan tenerme una semana dedicado a averiguaciones. Saben que máximo dentro de cuarenta y ocho horas, si no he encontrado nada, yo llamaré a la central. O tendrían que matarme. Si me dejan vivo es porque no quieren jaleos, y pretenden dar el

golpe revolucionario antes de que yo me canse de ir de un lado a otro y pida ayuda en serio. Para cuando yo tome esa decisión, ya estará dado el golpe rebelde..., sin injerencias por parte de extranjeros. Muy listos.

—¿Usted no es amigo de la rubia? ¿Ni del hombre de la plantación?

—Todo lo contrario, Gertrudis linda. Pero... a veces, me gusta seguir el juego. Y por tanto, seguiré siendo «amigo» de ellos... ¿No sabe que han querido tomarme el pelo? Pues los dejaré que lo crean. Será divertido. Mmm... ¿Conoce usted a Chema Ledesma, el coronel dirigente de la revolución?

—Personalmente, no. Por fotografías.

—¿No tiene ninguna de él?

—Aquí, no.

—Lástima, porque si tan cerca está de Guatemala, me gustaría conocerlo... Debimos prever esto en la Central. Bien..., habrá que buscarlo, claro. Imagino que eso es lo que a usted le interesa.

—No queremos revoluciones, señor Dunn.

—Lo entiendo: son fastidiosas. Esto... Bueno, Letitia tiene una casa muy grande... ¿No se le ha ocurrido que Chema Ledesma pueda estar allí, y también nuestros compañeros, y los hombres de Letitia...?

—Podría ser.

—Sí... Podría ser. Por cierto: si me ha estado siguiendo a mí toda la tarde..., ¿cómo puede saber dónde está la casa de Letitia?

—Zacalapa la estuvo siguiendo a ella todo el día, desde que salió de la casa de Corrales. Y yo a usted.

—Ya entiendo... —Glenn sonrió de pronto—. Y entiendo también que usted pertenece al Servicio Secreto guatemalteco. ¿Es así?

—No exactamente. Trabajo para el Ejército.

—Asombroso.

—Mi padre es... un hombre importante en el Ejército.

—Ya no es asombroso —sonrió de nuevo Glenn—. Entonces, ustedes quieren atrapar a Chema Ledesma por desertor y traidor, para juzgarlo y condenarlo antes de que estalle la revolución que él está esperando... ¿Okay?

—Sí —sonrió Gertrudis por primera vez.

—Bien... Pues es posible que lo encontremos. ¿Disponen ustedes de coche?

—Claro.

—Claro... Espero que no sea usted celosa, Gertrudis.

—¿Cómo? —se asombró ella.

—Ocurre que, mientras usted y Zacalapa van a estar trabajando, yo estaré bailando con la rubia.

—¿Y cree que yo voy a tener celos? ¿De qué habla usted?

—Me pareció que me miraba con buenos ojos... Digamos de un modo... especial, Gertrudis.

—¡No le miro de ningún modo especial! —rechazó hoscamente la muchacha, enrojeciendo.

—Vaya... Es extraño, porque todas las mujeres, en cuanto me ven, se... Oh, dejemos esto... —sonrió irónicamente—. Y quedamos en eso: mientras yo bailo con Letitia Clayton, ustedes van a registrar su gran casa. Vive sola, de modo que no estando ella, todo les será fácil..., a menos que Chema Ledesma y otros hombres estén ahí dentro. En cuyo caso, no hagan nada. Solamente, esperarme. Yo acompañaré a Letitia a su casa esta noche, y nos veremos cuando ella se haya retirado... ¿Está bien entendido?

—Sí.

—Salvo imprevistos, yo pasaré la noche en la plantación. Lo digo por si tuviera algo especial que decirme a una hora intempestiva. Me pondré el pijama.

—¿Se pondrá...?

—El pijama. Lo digo porque cuando hace mucho calor, duermo... sin pijama. Pero, por si esta noche tuviera deseos de visitarme, me pondré el pijama. Es fácil entrar en los dormitorios de la plantación; sólo hay que...

—Señor Dunn —enrojeció de nuevo Gertrudis—: no pienso verle en su habitación, de modo que no se preocupe por esos detalles.

—Nunca están de más. Es conveniente siempre prevenir cualquier acontecimiento... Sí... —Quedó pensativo—. Es muy conveniente. Supongamos, Gertrudis, que yo le doy algo para que salga cuanto antes, lo más de prisa posible, o sea, en avión, hacia Estados Unidos... ¿Podría usted conseguir que eso estuviese en su destino en... veinticuatro horas, como máximo?

—¿Qué cosa?

—Una carta. Tengo que enviar un mensaje a Washington. Y no me parece buena idea utilizar el teléfono, ni dispongo de radio, ni de compañeros a los cuales recurrir. Tampoco me satisface un telegrama... que puede ser leído por mucha gente... ¿Llegaría mañana a Washington una carta?

—Es posible.

—Pues lo que es posible, debe intentarse. La escribiré.

Volvió a sentarse al buró, invirtió casi diez minutos en llenar dos páginas, las metió en un sobre, lo cerró y escribió las señas y, en letras mayúsculas bien visibles, las palabras «VIA AIR MAIL». Le entregó el sobre a la muchacha.

—Habrà que franquearlo... Cargaremos ese gasto a la cuenta del Ejército guatemalteco. No se moleste en mirar la dirección; es un apartado de Correos.

—¿No se perderá tiempo así?

—Al contrario. Siempre hay alguien esperando en ese lugar. Todo irá bien, espero.

Gertrudis se quedó mirándolo fijamente.

—Quiero señalarle, señor Dunn, que nadie les ha pedido ayuda a ustedes, sean quienes sean.

—Lo hacemos por motivos egoístas. En primer lugar, nunca nos han gustado las revueltas. En segundo lugar, creo que está invirtiendo los términos.

—No comprendo...

—Si tanto le molesta ser ayudada, tómelo de esta manera: usted es quien me está ayudando a mí a encontrar a unos compañeros. Yo he llegado aquí, solo y desamparado, y he encontrado a un alma caritativa que está dispuesta a ayudarme... ¿Qué le parece?

Gertrudis volvió a sonreír, ahora casi dulcemente, con una cierta expresión de sorpresa, mirando fijamente los claros ojos del agente del FBI.

—Usted es un hombre con el que resulta difícil enfadarse, señor Dunn.

—Llámeme solamente Glenn, como si fuésemos compañeros de pelea. Y lo somos, ¿no? Compañeros de pelea —el tono humorístico desapareció bruscamente—. Quizá le parezca una tontería, pero tengo el presentimiento de que nuestros compañeros están vivos. Y, sin embargo, al mismo tiempo, tengo la convicción de que los

hemos perdido para siempre... o poco menos. ¿Sabía usted que Letitia, la rubia, es rusa?

—¿Cree que se los han llevado a Rusia? —exclamó Gertrudis.

—No... No lo creo... Esa chica no está trabajando para los rusos... No, al menos, del modo que yo veo las cosas. Hay algo extraño en todo esto: apuesto a que todos nuestros compañeros han sido capturados con gases, para evitarles daños... Y me pregunto: ¿por qué?

—Puede preguntárselo a la rusa rubia.

—Es una buena idea —sonrió Glenn—. Hasta luego.

CAPÍTULO VI

—Hola —sonrió Glenn—. ¿Puedo pasar?

Letitia abrió del todo la puerta, también sonriendo.

—Ya estoy lista, Glenn.

—Tenía la esperanza de que me invitase a tomar algo... Y creo que me gustaría ver algunos de sus cuadros... ¿No puede ser?

—Pues... Ralph nos debe estar esperando...

—Que espere.

Letty se quedó mirándolo, parpadeando, como confundida.

—Antes me pareció usted menos... desenvuelto, Glenn.

—Oh, antes... Pero después me quedé solo con Ralph, ¿recuerda? Le hice algunas preguntas «inocentes», y me pareció llegar a la conclusión de que no hay nada... definitivo entre ustedes. Entonces, pensé que no sería de mal amigo si decidiera ir a las mías... No sé si me entiende, Letty.

—Creo que sí... —sonrió ella—. ¿Pensó que Ralph y yo estábamos comprometidos, o algo así?

—Eso temí.

—¿Lo... temió? —susurró ella.

—Ejem... Bueno, quizá le parezco ahora demasiado decidido, demasiado claro en mis... opiniones. ¿No podemos beber algo... y ver sus cuadros?

—Desde luego, Glenn —trinó ella, dulcísicamente.

El

G-man

la tomó del brazo y caminaron hacia el interior de la gran casa, que, en efecto, por fuera casi parecía una misión de los colonizadores, con cierta tendencia a algunas formas mayas. Dentro, ya cruzada la gran puerta de madera, había en primer lugar una gran pieza

recibidor, de techo altísimo, con enormes vigas. Todo estaba pintado de blanco. Apenas había muebles. Todas las habitaciones estaban cerradas, excepto la del fondo, de cara al oeste. Parecía que Letty Clayton no necesitase muchas comodidades: unas sillas viejas, un bargeño, una cama estrecha en un rincón, un hornillo de petróleo, un frigorífico... Y montones de cuadros, dos caballetes, unas cuantas paletas con pinturas, pinceles, el suelo manchado de colores, una bata salpicada hasta el infinito... Dando al oeste, y muy altas, unas grandes ventanas sin protección de ninguna clase, estrechas si se tenía en cuenta el gran tamaño de la pieza que la muchacha había habilitado como estudio. Allí estaba todo. El resto de la casa parecía deshabitado. Al menos, no había signos de vida en ninguna parte...

—Tengo *whisky* y aguardiente. Pero para las ocasiones —sonrió la rubia—, saco de su escondite una botella de Picón.

—Asombroso.

—Hay quien prefiere jerez.

—Yo bebo cualquier cosa... en las ocasiones.

Letty se desasíó suavemente, quitando ella misma la mano de Glenn de su brazo, como acariciándola. Volvió a sonreír, y fue hacia el viejo armario que había junto al fogón. Cuando lo abrió, Glenn vio allí latas de conservas de varias clases, fruta, pan... Todo muy bohemio, muy convincente..., si Letitia Clayton no hubiera tenido aquel ligerísimo acento ruso. Tan ligerísimo, que si el G-man

no hubiera descubierto que Ralph Brennan era un impostor, ahora habría dudado muy seriamente de estar en lo cierto. Pero no. No podía haber error...

Alzó uno de los cuadros y lo miró atentamente. No estaba del todo mal, pero, desde luego, no era la obra de un artista con auténtico talento.

—¿Qué te parecen? —susurró ella a su lado.

—Oh... Bueno, no sé... Temo que no entiendo mucho de pintura, Letty.

—Eres muy cortés —le tendió el vaso—. ¿Chinchín?

—Por nosotros... —sonrió él—. ¿O debo incluir a Ralph?

—Creo... que será mejor prescindir de Ralph esta vez —murmuró ella.

Bebieron mirándose a los ojos. Cuando ella le quitó el vaso, lo hizo suavemente, acariciando con sus deditos los del agente del FBI, que continuó mirándola intensamente. Aquel juego no era nuevo para él. Letty fue a dejar los vasos, y él miró unos cuantos lienzos más: positivamente carentes de talento. Parecían estar hechos a toda prisa, para tener muchos... Por supuesto, había que justificar en verdad la estancia en tan alejado y original caserón. En cuanto a la escasa calidad de los cuadros, era poco probable que nadie prestase atención a eso: una norteamericana a la que le sobraba el dinero podía permitirse el lujo de perder el tiempo en las tonterías que le viniesen en gana.

—¿Nos vamos ya?

Glenn la tomó del brazo y salieron de la casa. La ayudó a entrar al coche, se sentó a su lado y se quedó mirándola.

—Quizá habría sido una buena idea no aceptar la invitación de Ralph —sugirió.

—Quizá —musitó ella.

—Puedo ir a pedirles disculpas y...

—Por favor, Glenn... Hay otros días... y otras noches... ¿Por qué darle ese disgusto a Ralph? Está inválido, solo... Y nosotros tenemos mucho tiempo por delante.

Las manos de Glenn se deslizaron hacia la cintura de ella. La atrajo, le dio un besito en una oreja, y musitó:

—El tiempo es lo único que se pierde y que jamás se recupera. No es cierto que siempre tengamos mucho tiempo para todo, Letty...

Ella alzó los brazos hasta el cuello del hombre, rodeándolo lentamente, suavemente...

—Quizá tengas razón.

Glenn Dunn la besó en los labios ahora. Ella apretó más los brazos, y él la estrechó más fuertemente... Fue Letty quien se apartó, un tanto temblorosa.

—Será mejor... que vayamos... con Ralph...

* * *

Después de la cena, Ralph Brennan tuvo que dedicarse a mirar a Letty y Glenn, que bailaban, muy juntos, en la terraza. Al principio, gastó algunas bromas que parecieron más o menos amargas, pero

luego se encerró en un hosco silencio y se dedicó a fumar y a beber moderadamente. Miguel había retirado ya el servicio, y no se le veía.

A lo lejos se oía el chirriar de algunos insectos nocturnos. Y allí, en la terraza, la música que brotaba del

pick-up

, lenta, como deslizándose blandamente en la calurosa noche henchida de bochornosa humedad.

Glenn y Letty no dejaban de bailar, mirándose a los ojos cuando sus mejillas no estaban juntas. De cuando en cuando, pasaban por detrás de una de las palmeras de la terraza, y tardaban tanto en salir de nuevo a la vista de Ralph Brennan, que el beso se adivinaba fácilmente.

Por fin, Brennan, tras mirar a su reloj, masculló, con cierto tono que pretendía ser bienhumorado:

—Son más de las doce, pareja... ¿No tenéis sueño?

Tuvo que repetir la pregunta, porque el

G-man

y la rubia, continuaron bailando. Y cuando la repitió, Glenn volvió la cabeza hacia él.

—Eres un anfitrión muy poco cortés, Ralph.

—Qué demonios, también hay que dormir... Para quien se levanta apenas sale el sol, no es bueno trasnochar.

—Pues no te levantes tan temprano.

—Es que no puedo dormir cuando ya hay sol.

Glenn suspiró, resignado.

—Está bien, aguafiestas, está bien... Iré a llevar a Letty a su casa.

La muchacha se desasíó de él y se acercó a Brennan, riendo. Se besó la punta de un dedito y la puso en los labios del escayolado impostor.

—Hasta la vista, Ralph... Ha sido una cena... y una velada deliciosa.

—¿Sí? Pues te aseguro que si Glenn no fuera un buen cliente, lo estrangulaba ahora mismo.

Se alejaron los dos, riendo. Subieron al coche que Glenn había alquilado en Guatemala...

* * *

El coche se detuvo delante de la gran casa, y Glenn hizo un gesto de resignación.

—Bien... Ya hemos llegado.

—Sí... Ya hemos llegado.

—Supongo que sería inútil pedirte que me invites a un trago...

Letty Clayton suspiró profunda, contenidamente.

—Temí que no me lo pedirías —dijo, velada la voz.

* * *

Glenn Dunn salía de la casa casi dos horas más tarde, ya plenamente convencido de que en el espionaje no existe límite de posibilidades. Para conseguir lo que se desea, hay que pagar... No importa cuál sea el precio. Por lo menos, eso parecía pensar Letitia Clayton. Querían tenerlo distraído, poco menos que inactivo, durante un día, o dos, o tres... Eso esperaban, por medio de Letitia.

Entró en el coche sonriendo duramente. Muy bien, si ese precio querían pagar, que pagasen. De todos modos, él pensaba estafarlos, ya que no iban a distraerlo de su trabajo en Guatemala. No, al menos, por más de dos horas blandas y amables...

Todavía dura, como petrificada la sonrisa en sus labios, puso en marcha el coche. Se alejó sólo lo justo para que, al detener el coche, Letty ya hubiese dejado de oír el motor. Miró su reloj... Desde que se había separado de Gertrudis y Zacalapa, éstos habían tenido tiempo de sobra de dedicarse a registrar la casa. Y puesto que le estaban esperando por allí, no podían tardar más de tres o cuatro minutos en llegar desde su escondite hasta donde él había detenido el coche...

Pero diez minutos más tarde, ni Gertrudis ni Zacalapa habían llegado junto al vehículo. Ni tampoco quince minutos después. ¿Había ocurrido algún imprevisto? Estuvo tentado de volver a la casa y vérselas directamente con Letty, ya sin mentiras de amor, pero el recuerdo de siete hombres que quizá dependían de él, le retuvo. Calma... Además, no eran siete, sino ocho, ya que también el auténtico Ralph Brennan debía estar con los otros... ¿O todos habían muerto, simplemente?

Ceñudo, puso el coche en marcha. Iría a la plantación de Ralph

Brennan: quizá Gertrudis Salvatierra había pensado que sería una buena idea verlo en pijama.

* * *

Ralph Brennan estaba todavía en la terraza, con un vaso de *whisky* en las manos, pensativo. Alzó la cabeza, miró a Glenn y musitó:

—¿Una avería en el coche, Glenn?

—No precisamente. Todo ha ido bien... Y digo todo. Espero que no te sientas molesto conmigo.

—Estas cosas pasan muchas veces. Yo llevo un mes intentándolo, y nada. Llegas tú... y ya está. Así es la vida.

—Creí que tenías sueño —se sentó Glenn a su lado.

—Y lo tengo. Pero supongo que, ahora que ya nadie nos oye, querrás saber qué ha contestado Hadaway a tu mensaje.

—Oh, Hadaway... Demonios... Sí, naturalmente. ¿Qué ha dicho?

—Te concede cuarenta y ocho horas para intentar resolver las cosas por ti mismo. Si en ese plazo no tiene noticias respecto a que todo está solucionado, él vendrá.

Glenn Dunn quedó pensativo.

—No sería mala idea... —dijo al fin—. No veo claro en este asunto, Ralph. Me da la impresión que todo cuanto haga, es en vano. Quizá lo mejor será esperar a ver si ocurre algo. Y si no..., pues va vendrá Hadaway, a ver si demuestra que él es más listo.

—Cuidado, Glenn. Por una mujer no se puede dilatar el tiempo de un servicio.

—Bueno... Yo no dilato nada... Es sólo que considero que voy a necesitar ayuda para seguir trabajando en esto. Mientras tanto, claro, algo iré haciendo...

—¿Qué cosa..., por ejemplo?

—Dormir. Buenas noches, Ralph... Ah... ¿Te ayudo? —Me las arreglaré solo. Buenas noches.

* * *

Le acabó de desvelar el aullido de un perro. Quedó con los ojos fijos en el techo, en el cual zumbaba el ventilador, pese a que la gran ventana que daba al exterior estaba completamente despejada,

del todo enrollada la persiana. Fuera se veía el brillo de las estrellas y la luna... Los insectos habían dejado de emitir chirridos, y de nuevo se oyó el triste aullido de un perro, no demasiado lejos.

Alzó el brazo y vio la hora en la esfera luminosa de su reloj. Las tres y media. Hacía poco más de una hora que se había acostado, y se había ido amodorrando, con la cabeza llena de pensamientos, ideas, planes...

El perro volvió a aullar. Seguramente, era el mismo perro que le había gruñido a Miguel por la tarde, y que no había aceptado las sugeridas caricias de Brennan, a pesar de que éste dijo que el perro era suyo. La verdad era que debía ser del auténtico Brennan, no de aquél. A un perro es imposible engañarlo, por vendas y trucos que se empleen: sólo lo tiene que oler, y ya lo sabe todo...

¿Por qué aullaba?

Glenn Dunn se incorporó en la cama. Luego, se sentó, de cara a la gran ventana..., y casi lanzó una exclamación cuando la sombra se proyectó en ésta, en un lado. Se echó inmediatamente hacia atrás, y entornó los ojos. Su mano derecha se deslizó bajo el pijama, hacia la pistola que llevaba en la funda adhesiva.

La inconfundible silueta de Miguel, el criado de Brennan, se recortó en el marco bordeado de bambú. Llevaba aquel gran machete, pero no parecía dispuesto a entrar; estuvo unos segundos mirando hacia la cama, mientras Glenn permanecía tenso, crispados los dedos en su pistola, simulando dormir, respirando acompasadamente.

El perro volvió a aullar, y Miguel dio bruscamente media vuelta y se dirigió hacia allí, hacia el lugar donde se oía el lastimero, tristísimo aullido.

Dunn volvió a sentarse en la cama, y estuvo así unos segundos. Luego, se acercó a la ventana y vio a Miguel alejándose, en dirección a un espeso grupo de palmeras, encogiéndose, como quien se esfuerza en no ser visto ni oído.

Sin vacilar, el

G-man

pasó las piernas por la ventana, dejándose caer al otro lado.

Sus descalzos pies entraron en contacto con las grandes baldosas ásperas de la terraza que rodeaban la casa. Luego, con la tierra libre. Se movía con rapidez agilísimamente, en el más completo

silencio. Tanto como Miguel, que continuaba su camino hacia el grupo de palmeras, donde el perro continuaba gimiendo, lanzando largos aullidos tremolantes.

Y de pronto, el perro gruñó, en lugar de gemir. Lo hizo justamente cuando Miguel llegó a poca distancia de él. Glenn los vio a los dos, claramente. El perro se encogía, como a punto de dar el salto; la luz de la luna se reflejaba en sus blancos colmillos. Miguel se acercaba cauta mente a él, con el machete en alto, también encogido. El animal retrocedió un poco, hasta quedar pegado a una palmera. Tenía miedo, pero, al mismo tiempo, parecía temblar de odio; sus ojos relucían extraordinariamente.

Miguel se acercó más, siempre cautamente, de tal modo, que el animal tenía que pegarse más y más a la palmera, arqueando el lomo, erizando el pelaje, descubiertos los colmillos, gruñendo sordamente.

Y de pronto, cuando Miguel estaba solo a cuatro o cinco pasos, saltó sobre él, con las fauces abiertas, emitiendo un gruñido feroz, de muerte. El ladino alzó el machete rápidamente, clavándolo en el vientre del animal, que lanzó un quebrado aullido de dolor, se encogió sobre sí mismo y cayó a los pies de Miguel... Éste alzó el machete y lo descargó contra el cráneo del animal.

El chasquido del golpe llegó nítidamente hasta el agente del FBI. La cabeza del perro «Banano» se abrió como una fruta, crujiendo.

Y eso fue todo.

Miguel se enderezó y miró a todos lados, especialmente hacia su espalda, hacia la casa. Pero todo seguía en silencio y a oscuras allá, y el

G-man

estaba muy bien escondido entre la maleza, vigilante, tenso, dispuesto a sacar la pistola apenas tuviese la menor sospecha de que Miguel le veía...

No fue así. Miguel se inclinó, asió la cola de «Banano» y tiró de ella, arrastrando al animal hasta el cafetal. Se introdujo entre las plantas, y con el machete, cavó un hoyo, en el cual enterró a «Banano»... Luego, volvió sobre sus pasos, borrando las huellas que sus pies habían dejado en la tierra. Finalmente, arregló también el suelo junto a la palmera, a cuyo pie había estado aullando el perro.

Luego, continuó alejándose de la casa, a buen paso ahora, pero

sin prisas, sin precipitaciones.

Glenn Dunn le dejó alejarse casi cien yardas, antes de acercarse a la palmera. Allí, en el suelo, se veían todavía las rayas que habían dejado las uñas de «Banano». El

G-man

se arrodilló y empezó a remover la tierra con las manos, empleando toda su fuerza, sin vacilaciones; parecía que sus dedos fuesen de acero: se hundían, arrancaban un montón de tierra, volvían a hundirse, más tierra saltaba... Por fin, vio la mano.

Una mano humana.

Se quedó mirándola, entre sobresaltado y pensativo. Acabó de quitar la tierra a su alrededor, la cogió y tiró de ella... Un montón de tierra se abrió hacia los lados, cuando el cadáver de un hombre apareció, como incorporándose para sentarse. Ya descubierto, lo dejó caer de nuevo y apartó la tierra que se adhería a su rostro. En pocos segundos, éste quedó visible. Era un indio guatemalteco. Todo su vientre era una costra de sangre y tierra...

Glenn apartó la tierra, volvió a meter al indio en el hoyo, lo tapó y se puso en pie, junto al tronco de la palmera. Ya no veía a Miguel, pero sabía que sólo podía ir a un sitio por aquel camino: hacia la casa de Letitia Clayton.

El agente del FBI vaciló. Estaba en pijama, descalzo y sin la plena seguridad de que Miguel estuviese encaminando hacia la gran casa de la rubia Letitia... ¿No sería mejor, quizá, esperar su regreso y...?

No. Lo iba a seguir. Si realmente iba hacia la casa de Letitia Clayton, él podía ganar el terreno perdido, yendo hacia allá, efectuando un ligero desvío, pero corriendo. Y de nuevo estuvo tentado de regresar a la casa de la plantación, en busca de sus zapatos, cambiarse de ropa... Pero ¿por qué perder el tiempo, y quizá la oportunidad de saber, al fin, algo concreto?

Desechadas ya sus vacilaciones, echó a correr hacia la casa de la rubia rusa, desviando su marcha con respecto a la que, seguramente, seguía Miguel.

* * *

Lo divisó cuando ambos estaban a poco más de cien yardas de la gran casa, que aparecía completamente a oscuras. Y tuvo ocasión de

asombrarse cuando vio a Miguel caminando diagonalmente con respecto a la casa, hacia un gran macizo de arbustos silvestres, de grandes flores blancas.

Todavía se asombró más cuando Miguel se introdujo entre los arbustos, como si quisiera pasar a través de ellos. Glenn siguió sus pasos, para detenerse apenas a cincuenta pies del macizo de arbustos, pistola en mano ya, vigilante. ¿Qué se proponía Miguel cruzando la gran masa de frondosos arbustos? ¿Quizá le había visto, y quería que él se metiese también allí, esperándolo emboscado, machete en alto...?

Cinco minutos más tarde, Miguel todavía no había cruzado los espesos arbustos. Es decir, no había salido de ellos. Y otros cinco minutos después, el agente del FBI empezó a fruncir el ceño. A los quince minutos, abandonó todas sus precauciones, y se acercó a los arbustos, silencioso, pistola por delante. Volvía a oírse el chirrido de los insectos nocturnos...

Se introdujo en la masa de arbustos. Y le bastaron unos pocos segundos para convencerse de que Miguel no estaba allí. Por otra parte, era seguro que no había salido. De manera que la solución sólo podía ser una.

Efectivamente. Poco después, por entre los tallos, veía en la tierra una gruesa cadena enmohecida. La asió y fue tirando de ella, hasta encontrar resistencia. Entonces tiró con más fuerza..., y parte del suelo se alzó, en un rectángulo de unos tres pies cuadrados. Acabó de alzar la trampilla y se quedó mirando el negrísimo pozo; parecía que había unos escalones de piedra.

Bien... Allí estaba el dilema: ¿bajaba, o se conformaba con lo que había descubierto, y esperaba la llegada de Clarence Hadaway y el grupo de compañeros

G-men

que llegarían con él? Por otra parte..., ¿acaso tenía miedo? Estaba armado, y bien entrenado para usar aquella arma o cualquier otra... Y, por encima de todo, había ido a Guatemala a recuperar para el FBI a siete..., a ocho compañeros desaparecidos... ¿Era descabellado suponer que allí podía encontrarlos, o, al menos, encontrar la solución?

Bajó. Había una barra de hierro en la parte inferior de la trampilla, que utilizó para dejarla como la había encontrado. Luego,

continuó el descenso, lentamente, silencioso, sin ver absolutamente nada. Contó veintidós escalones, altos, anchos. Luego, terreno liso. Movié las manos hacia delante y los lados. Y en los lados, encontró pared, de piedra. Continuó adelante, siempre tocando con las manos las dos paredes de piedra. Dados unos cuarenta pasos, vio un ligero resplandor. Cuando llegó a aquel sitio, lo vio mejor. El pasillo doblaba en forma de L, hacia la derecha. Y allá continuaba, largo, más ancho, durante unos cuarenta pies. Luego volvía a quebrarse, dejando otro pasadizo visible, igual de ancho, pero mucho más largo, quizá unas ochenta yardas, con algunas luces eléctricas a los lados, espaciadas, apenas disipando las tinieblas.

Muy bien: la parte subterránea de un templo o habitáculo maya, retocado en el exterior, provisto de luz eléctrica. Sorprendente. En realidad, chocante.

A los lados del amplio pasillo había unas estrechas puertas de grandes y gruesos troncos de caña americana. Y al fondo, otro tramo de peldaños de piedra.

Se acercó a la primera puerta de la izquierda, y quiso ver algo de lo que pudiera haber al otro lado, mirando por las ranuras entre los bambús. Pero todo estaba a oscuras. Acercó el oído a esas ranuras, y oyó la profunda respiración de un hombre durmiendo. Un hombre que parecía tener muy buenos pulmones, fuertes, sólidos...

La puerta estaba cerrada por fuera, por un gran pestillo de hierro oxidado. Lo abrió, empujó la puerta, entró y cerró a su espalda.

Casi al instante se encendió allí dentro la luz eléctrica... Chocante, en efecto.

Pero eso no le importó, ni le llamó la atención entonces a Glenn Dunn, que se estremeció de alegría. Lo había logrado.

Allí, ante él, sentado en un camastro, mirándolo con curiosidad un tanto hosca, tenía a uno de sus compañeros. Glenn se llevó un dedo a los labios y luego, con el pulgar, se señaló el pecho, sonriendo con una intensa alegría íntima.

—Glenn Dunn, del FBI... —murmuró—. Vamos a salir de aquí, Bailey.

El ceño de Rob Bailey se frunció aún más. Señaló hacia la puerta y dijo acremente:

—Largo de aquí.

CAPÍTULO VII

Glenn Dunn quedó aturdido, atónito. Seguramente no había oído bien...

—Del FBI... —repitió—. Tenemos que buscar a los demás, Bailey. ¿Están todos en este subterráneo?

—Que te largues... —insistió Rob Bailey, fríamente—. Vete al demonio y déjame dormir tranquilo.

Glenn se acercó, desconcertado, estupefacto.

—Muchacho, no me entiendes... Te digo que soy del FBI, un compañero tuyo. He venido a Guatemala a por vosotros, a por todos: os voy a llevar a casa. ¿Estás bien, compañero?

—Estoy bien, y no pienso ir a ninguna parte. Te romperé la cabeza si no me dejas dormir.

Glenn asió de un brazo a su compañero.

—Vamos, vamos, muchacho; no hay tiempo que...

Rob Bailey se sacudió la mano de Glenn de un brusco manotazo y casi gritó:

—¡Vete! Vete, o no necesitaré órdenes para matarte.

—¿Estás loco? —Casi gimió Glenn—. ¡He venido desde Washington, enviado expresamente a buscaros, a los residentes en Guatemala! ¿Qué te ocurre, Bailey? ¿No quieres volver? ¿No confías en mí? ¿Crees que es un truco?

—No confío en nadie, excepto en La Voz. Y tú deberías saberlo. Más vale que vuelvas a tu habitación, si no quieres pasarlo mal.

—¡Yo no estoy en ninguna habitación, Bailey! He descubierto este lugar siguiendo a un hombre, he venido a buscaros, a salvaros... Por todos los santos, Bailey, ¿qué te ocurre?

—Te voy a partir la cabeza si no sales de aquí, antes de cinco segundos.

Dunn retrocedió un paso. Se quedó mirando cada vez más estupefacto a su compañero del FBI. Parecía estar en perfectas condiciones físicas, no tenía huellas de golpes, ni de heridas... Estaba evidentemente bien nutrido, sano, normal... ¿O no? Los ojos de Rob Bailey permanecían hoscamente fijos en los suyos. Parecían como..., como de cristal, fijos, brillantes, casi hieráticos. No parpadeaban, no expresaban la ira que deducía de sus palabras. Simplemente, lo miraba, sin parpadear, sin expresión, entre ausente y... y aturdido.

—Bailey, no lo entiendes... ¡Soy del FBI!

—Yo también. ¿Y eso, qué?

—Pero... ¡Pero estás loco, muchacho! ¡Vámonos de aquí, saquemos a los demás y...! ¡Quieto!

Se encontró apuntando a Rob Bailey con su pistola, porque su compañero había hecho el claro gesto de atacarlo. Bailey se inmovilizó al ver la pistola. Entonces parpadeó, como sorprendido; parecía preguntarse qué debía hacer en aquella situación. Y la respuesta la adivinó sin lugar a dudas Glenn Dunn: Bailey le iba a atacar, sin importarle la amenaza de la pistola.

—Quieto... —musitó temblorosamente Glenn—. Ya me voy... No te molesto más, Bailey. Ya me voy...

—Cierra la puerta.

—Sí... Claro, muchacho: cerraré la puerta. Duerme tranquilo.

Salió, de espaldas. Cerró la puerta y se quedó en el pasillo, atónito, incrédulo, perdido en el más absoluto desconcierto.

Dejó descorrido el pestillo y caminó hacia otra de las puertas. La abrió, entró, y también allí se encendió una luz eléctrica. En la cama, igualmente desnudo de cintura para arriba, estaba ni más ni menos que Ralph Brennan. El auténtico Ralph Brennan. Se quedó mirándolo con la misma hosca expresión de Rob Bailey.

—¿Qué pasa ahora? —Gruñó.

—Brennan, soy Glenn Dunn, del FBI, enviado desde Washington a por todos vosotros... ¿Estás bien?

—Muy bien.

—Estupendo. Vamos a por los demás, y nos largaremos de aquí. Ya ajustaremos cuentas con esta gente...

—Oye, no fastidies... Tengo sueño. Ve a dormir, anda, chico.

Glenn Dunn abrió la boca, pero la cerró de pronto, bruscamente.

Estaba perdiendo el tiempo, lo comprendía claramente. Lo que no comprendía era la actitud de sus compañeros del FBI.

—Seguro, Ralph... —Intentó sonreír—. No te molesto más.

—Eso está bien, amigo... —sonrió Brennan—. Adiós.

—Adiós, Ralph.

Salió de allí como un autómatas, vacía la mente de ideas. También aquella puerta quedó con el pestillo abierto. Fue a otra, la abrió, y cuando se encendió la luz, se quedó mirando a Jim Crawson, otro de los

G-men

desaparecidos, y que a su vez lo miraba a él, esperando una explicación.

—Hola, Jim... —musitó Glenn—. ¿Estás bien?

—Claro. ¿Qué quieres? No te conozco...

—Soy del FBI. Me llamo Glenn Dunn.

—Ah... Encantado... Yo también soy del FBI. Somos varios compañeros aquí, Glenn.

—Ya lo sé... ¿No te gustaría volver a casa, Jim?

—¿A casa? Oh, no... Nada de eso. Ya no más bromas con eso...

¿Qué quieres a estas horas?

—Mmm... Me quedé sin cigarrillos. ¿Tienes?

—Claro. ¿No le pediste hoy cigarrillos a La Voz?

—No..., no me di cuenta de que se me estaban terminando...

—Ah... Bien, aquí tienes unos cuantos. Y mañana, pídelos a La Voz: ya sabes que nos aseguró que nada nos faltaría, y lo está cumpliendo: acabaron los malos tiempos, ¿eh, Glenn?

—Pues... Claro... Sí, Jim: acabaron los malos tiempos. Gracias por los cigarrillos... ¿De veras no quieres volver a casa?

—Una cosa he aprendido, muchacho si La Voz dice que esto es lo que nos conviene, pues ésa es la verdad. Además, ¿de qué casa estás hablando? ¿Acaso no estamos en ella?

—Bueno... Quizá tengas razón, Jim. Buenas noches.

—Y no fastidies más, qué cáscaras: si te quedas sin cigarrillos, te aguantas.

—Lo siento, Jim. Hasta mañana. Oh, lo siento...: se me terminaron también las cerillas...

—Por ser nuevo, resultas muy fastidioso. —Jim Crawson le tiró las cerillas—. Tómalas y lárgate ya, pelmazo.

Se dejó caer en la cama, demostrando claramente que su mayor ambición en el mundo era dormir. Y Glenn Dunn se encontró de nuevo en el pasillo, con unos cuantos cigarrillos en una mano, y las cerillas en otra. Guardó ambas cosas en un bolsillo de la chaqueta del pijama y se dirigió a otra puerta, desalentado. Y en todas sucedió lo mismo. Encontró además de a sus restantes compañeros conocidos por las fotos que le proyectara Clarence Hadaway, a tres guatemaltecos, que lo miraron aún con más irritación... Para entonces, Glenn Dunn ni siquiera se molestó ya en presentarse, ni en sugerir la alegre aventura de regresar a casa.

Por fin, entró en una habitación, cuya luz no se encendió. Rascó una cerilla y lo primero que notó fue que aquélla era más grande que las demás, más profunda...

—Glenn... —Oyó el gemido—. Glenn Dunn...

El agente del FBI se estremeció, notando como un latigazo de frío en la espalda.

—Gertrudis... —musitó—. ¿Es usted?

—Por Dios... Suélteme...

—¿Dónde...?

La vio de pronto, y al volverse a estremecer, la cerilla quemó sus dedos. Los sacudió, helado de espanto. Quedó a oscuras de pronto, pero viendo todavía, como en un relámpago interno, la imagen de la muchacha... Casi temblando sus manos, encendió otra cerilla y se acercó a Gertrudis Salvatierra. Estaba atada a la pared por las manos, tan altas que apenas llegaba al suelo con las puntas de los pies. Sus ropas estaban desgarradas, mostrando parte del vientre, casi todo el seno, los brazos, los hombros... Se veían golpes en aquellas partes y rojos hematomas en todo el rostro...

Glenn Dunn se volvió a quemar. Agitó de nuevo los dedos, encendió otra cerilla, y vio entonces un interruptor de luz eléctrica. La encendió, tiró la cerilla y quedó casi temblando delante de la muchacha.

—Nos sorprendieron... y nos trajeron aquí... Nos han estado golpeando...

Glenn estaba ya tirando de las cuerdas, con dedos nerviosos. Tuvo que hacer un esfuerzo para dominarse, único modo de conseguir soltar a la muchacha. Sabía que estaba pálido, demudado, y sentía en el rostro un frío intenso. Mientras soltaba a Gertrudis,

vio a Zacalapa, un poco más a la izquierda. También estaba atado, como Gertrudis, con los brazos en alto; pero su estatura era muy conveniente entonces, ya que sus pies se asentaban firmemente en el suelo, y las manos casi rebasaban las argollas de hierro de la pared. Zacalapa tenía desnudo el torso, en el que se veían golpes mucho más fuertes que los de Gertrudis, y latigazos. Tenía el rostro casi enteramente cubierto por una costra de sangre.

Y más allá, otro hombre. Colgaba como muerto de las argollas, casi desnudo, lleno de sangre... Le faltaban las orejas, y sus manos eran dos pingajos rojos, astillados. Quizá, definitivamente, estaba muerto...

—Es Segundo Corrales —tembló la voz de Gertrudis.

—¿Cómo lo sabes? No... no está... identificable...

—Ellos lo dijeron... Hace muchos días que lo están torturando... Dijeron que con nosotros harían lo mismo, hasta que les dijéramos quién nos había enviado aquí...

—¿Y usted lo dijo, Gertrudis?

—No... Por ahora, no...

—Entiendo... Pero habría terminado diciéndolo. Ellos querían saber cuántas cosas sabía usted, ¿no es así?

—Sí...

—Y lo mismo hicieron con Segundo Corrales. Lo capturaron y lo fueron torturando, obligándole a decir los nombres de las personas para las que estaba trabajando... Y así, mis compañeros del... servicio, han ido cayendo en manos de esta gente.

—También mis compañeros, señor Dunn... Corrales es un espía profesional, sabía muchas cosas... Y se las han ido sacando todas, una a una...

—Inconvenientes de ser espía... Bien, esto ya está. ¿Le gusta mi pijama?

—¿Có... cómo?

—Ya le dije que nos veríamos en pijama... —sonrió secamente Glenn Dunn—. Y verá qué útil es esta fresca prenda.

Se quitó la chaqueta y Gertrudis se apresuró a cubrirse con ella, roja de vergüenza, pero mirando agradecida al G-man,

que quedó con el pecho desnudo, mostrando en la axila izquierda la funda adhesiva, con la pistola. Un efecto raro, pero muy

tranquilizador. Glenn captó la mirada de extrañeza hacia la funda y volvió a sonreír.

—La idea partió de ciertas prendas femeninas de la parte superior del cuerpo... —explicó—. Si esas prendas pueden adherirse a la carne para... embellecer la silueta femenina sin que nadie pueda notar que existe esa prenda, también podía servir para una funda... ¿No? Espero que me devuelva el pijama, Gertrudis.

Se acercó a Zacalapa, mirando con curiosidad a todos lados. Hacia el fondo de aquella gran habitación toda de bloques de piedra, había una especie de camilla, potentes lámparas, aparatos eléctricos de formas raras y uso que no podía adivinar. También había tres o cuatro compartimientos que parecían duchas, con puerta que cerraban herméticamente...

Estaba soltando una mano a Zacalapa, que aparecía impávido a pesar del duro castigo recibido, cuando se dio cuenta de que, una especie de zumbido que le había parecido oír apenas encender la luz del gran recinto con aparatos, se oía ahora con más fuerza; una especie de «tuit-tuit-tuit-tuit-tuit-tuit...».

—¿Qué es eso? —exclamó.

—No sé...

—Acabe de desatar a Zacalapa.

Se acercó a la puerta, la abrió y se asomó, mirando hacia la derecha. Estuvo a punto de sonreír al ver a sus compañeros del FBI, todos en calzón deportivo, saliendo al pasillo, mirando hacia allí. Bien. Quizá habían reaccionado, o todo había sido un truco de ellos, que debían conocer mucho mejor que él aquella especie de galería con celdas.

Al mirar hacia la derecha, vio a los cinco hombres que descendían los peldaños, a toda prisa. Uno de ellos era Miguel. Dos, eran los que había herido en el patio interior que se veía desde el dormitorio de Segundo Corrales. Uno cojeaba y el otro llevaba el brazo colgando del cuello por medio de un pañuelo... Los otros dos estaban perfectamente sanos, y llevaban cada uno una metralleta.

—¡Adentro! —gritó Glenn—. ¡Entrad en las habitaciones!

Alzó la pistola y disparó hacia Miguel. Le pareció que se tambaleaba, pero no pudo mirarlo por más tiempo, porque las dos metralletas se estaban orientando ya rápidamente hacia él. Escondió la cabeza, cerró la puerta..., y se dio cuenta entonces de la

desesperante realidad: en aquella galería de celdas, todos los cerrojos estaban, lógicamente, por fuera. El no podía cerrar.

Muy bien. Pero ya se vería si alguien tenía valor para entrar allí, mientras él tuviese balas en su pistola. Y no pensaba malgastar ni una sola.

Se apartó de la puerta, volviéndose hacia Gertrudis.

—¡Vea si encuentra algún arma por aquí! ¡Regístrelo todo!

—Zacalapa aún no está...

—¡No hay tiempo ahora! ¡No podré detenerlos con una pistola! Vea si hay algo mejor y luego acabará de soltarlo... ¡Vamos!

Gertrudis corrió hacia el fondo de la gran pieza y empezó a revolver cosas, abrir las puertas de aquella especie de duchas... En la última del fondo, se encontró con la agradable sorpresa que representaban no menos de tres docenas de metralletas, granadas de mano, pistolas y revólveres...

—¡Glenn! ¡Hay de todo lo que...!

—¡Ssst!

Glenn prefería escuchar aquella voz que estaba oyendo de pronto fuera, en la ancha galería. Una voz dulce, suave, amable, cariñosa, que parecía destinada a niños...

Una voz femenina, evidentemente. Su tono era dulce, casi arrullador, tranquilizante, meloso...

—Amigos, no temáis nada, que yo os ayudaré, como siempre, ya lo sabéis... —decía la voz—. No temáis nada, todo va bien. Ese hombre que está en la Sala, es uno de los que os torturaban... Dentro de poco, como os prometí, podréis vengaros de los demás... Sabéis que cumplo todo lo que prometo, ¿no es cierto? Os ayudaré contra vuestros enemigos... Y ese hombre que está en la Sala es uno de ellos... Tenéis que entrar en la Sala y capturarlo... Pero no lo matéis, porque quiero que él sufra lo que habéis sufrido vosotros... Nadie puede torturar a mis amigos sin pagarlo... Cogedlo vivo, y yo os prometo que os ayudaré en vuestra venganza... Siempre os quiero, lo sabéis... Os quiero a todos. En cambio, ese hombre ha venido a perjudicaros a vosotros, a mí misma... No le dejaremos... Entrad en la Sala y cogedlo vivo... Sé que podéis hacerlo, sois hombres bien preparados... Hacedlo, amigos, queridos amigos míos...

El arrullo continuó, pero Glenn Dunn ya no hacía caso a las

palabras; continuaba oyéndose aquella voz cariñosa, que parecía una melodía, machacando sobre lo mismo...

Pero Gertrudis le había traído ya un par de metralletas y ella tenía otra en las manos...

Glenn Dunn sonrió fríamente.

—Entrad, amigos... —susurró—. Entrad, y ya veremos si sois capaces de atraparne vivo...

La puerta se abrió, de pronto. Glenn Dunn alzó una de las metralletas, apuntando hacia allí..., y su dedo pareció congelarse sobre el disparador.

Los que estaban entrando, brillantes los ojos de odio, no eran los hombres que él esperaba, los que había visto descendiendo la escalera de piedra, sino sus propios compañeros del FBI y los amigos de Gertrudis Salvatierra.

—Glenn... —gimió ésta—. Oh, Glenn, no entiendo...

—Quietos... —musitó—. Quietos, compañeros... Esa mujer os está engañando... Escuchad: hay más armas en el fondo de este laboratorio, o lo que sea... Gertrudis os las dará, podremos salir de aquí...

La voz brotó dentro mismo de la Sala:

—Amigos, no escuchéis sus mentiras... Es un traidor, un enemigo vuestro... Sólo quiere haceros daño... Yo os quiero a todos, lo sabéis... Nunca os mentiría. Recordad...

La dulce, arrulladora, melodiosa voz, continuó hablando, pero de nuevo Dunn la ignoró. Se sentía helado, agarrotado... Y al mismo tiempo, gruesas gotas de sudor resbalaban por su frente.

—Atrás... ¡Atrás, os digo, o dispararé! ¡Os están engañando, ahora sé lo que han hecho con vosotros...! ¡Os han lavado el cerebro! ¡Soy del FBI, vuestro compañero, quiero llevaros a casa, para que os atiendan...! ¡Todavía estáis a tiempo de...!

Price Carr, uno de los

G-men

de México, fue el primero en atacar. Era el más alto y corpulento de todos. Se lanzó contra Glenn Dunn con las manos por delante, en la guardia del karate, dispuesto a golpear a su «enemigo»...

Y La Voz venció, porque Glenn Dunn no era capaz de disparar contra sus compañeros. Tampoco Gertrudis Salvatierra, que fue inmediatamente sujeta por dos de los hombres sugestionados por

la dulce voz, que continuaba oyéndose, como un canto de fondo, amable, cariñosa, dando indicaciones...

Glenn golpeó a Price Carr en un costado, con la metralleta, gritando de rabia, desesperado. Bill Masters, Jonathan Murdock y Jim Crawson se fueron hacia su espalda, mientras Ralph Brennan, uno de los compañeros de Gertrudis, Aldous Say y Rob Bailey se acercaban de frente, todos ellos en guardia, expertos luchadores. De uno en uno, ya habría sido durísimo hacerles frente. Todos a la vez, eran un grupo invencible..., a menos que se disparase contra ellos.

—Apartaos... Os están engañando... Brennan, Say, Bailey..., os están engañando, muchachos.

Brennan le lanzó un golpe de judo con la pierna derecha y Glenn saltó hacia atrás, revolviéndose, porque sabía que allá estaban los otros... Vio venir el golpe de karate disparado por Craw y se encogió, devolviéndolo, acertando de lleno, duramente, el vientre de su compañero.

Si pudiese mantenerlos a distancia, hablarles, convencerlos...

Pero era una pelea absolutamente desigual. Un agente del FBI jamás puede vencer a ocho agentes del FBI, que le atacan a la vez...

Y así, apenas iniciada la pelea, Glenn Dunn recibió el golpe en los riñones, luego en la nuca, en un costado...

Y todo desapareció en la negrura de la inconsciencia.

CAPÍTULO VIII

Cuando despertó, se encontró en una especie de cabina, formada por planchas metálicas, y cuyo tamaño no excedía el de un cuarto de ducha pequeño, apenas cuatro pies por lado. En lo alto, había una luz roja, y eso era todo. No parecía que hubiese puerta, ni orificio de ninguna clase.

Se puso en pie, lentamente, notando dolorosos latidos en su cabeza, que parecía a punto de estallar. Por supuesto, ya no tenía la pistola. Estaba encerrado herméticamente, en pantalones de pijama. Estuvo un par de minutos tanteando las metálicas paredes, pero nada consiguió, ni nada nuevo supo. Solamente sospechó que estaba en uno de aquellos compartimientos que había visto al fondo de la Sala.

Deprimido, se dejó resbalar, hasta quedar sentado. Ni siquiera podía pensar con claridad. A menos, que pensase en su total fracaso. Eso había sido su misión: un total fracaso...

De pronto, la cabina se iluminó cegadoramente, con una intensidad tal, que además de cerrar los ojos, tuvo que poner las manos ante ellos. Se puso en píce, sobresaltado. Al instante, un agudo silbido empezó a sonar dentro de la cabina; un silbido tan agudo, tan potente, que tuvo que dejar de tapar sus ojos para hacerlo con los oídos. Entonces, la luz atravesó sus párpados, produciéndole dolor. El silbido crecía en intensidad. Y había más ruidos, como alaridos... También de pronto, empezó a notar un calor insoportable, tanto que casi parecía que su piel fuese a estallar en una gigantesca ampolla. Y de pronto, cesó el calor y brotó el frío. Un frío intensísimo, que parecía estrujar su cabeza, sus miembros... Cesó el frío y volvió el calor abrasador. Y de nuevo el frío intensísimo. La luz dejó de tener el tono corriente, para mostrar

ahora uno rojo; después, azul, verde, amarillo... De nuevo blanca, roja, azul, amarilla, verde, violácea... Era un cambio constante, que torturaba sus ojos, mientras el silbido, los ruidos, parecían taladrar su cabeza... Y mientras tanto, las oleadas de frío intenso y calor abrasador se sucedían ininterrumpidamente...

Todavía más. De algún sitio brotó una descarga eléctrica de bajo voltaje, que lo estremeció violentamente. Lanzó un alarido y comenzó a tirarse contra las paredes metálicas, golpeándolas con los puños frenéticamente, gritando cada vez con más fuerza...

Si aquello continuaba, iba a volverse loco, estaba seguro.

Y continuó.

Frío, calor, silbidos agudísimos, luces de colores, descargas eléctricas...

De pronto, sobresaliendo por encima de todo aquello, una voz. La voz dulce, suave, arrulladora, cariñosa:

—Glenn, querido amigo, voy a ayudarte. Voy a sacarle de este lugar. ¿Quieres salir, Glenn?

—Sí... ¡Sí...!

Todo cesó de pronto.

Todo.

El

G-man

quedó tendido, encogido en el suelo, jadeando, casi sollozando. Tardó todavía un par de minutos en alzar la cabeza. Sus ojos estaban desorbitados, sus labios y sus manos temblaban... Todo él estaba estremecido, tembloroso.

—Te vamos a ayudar. Somos amigos, Glenn, y procuraré que esto no vuelva a ocurrirte. Pero si volvieran a capturarte nuestros enemigos, yo siempre vendré a ayudarte. Ahora, mis amigos, que también lo son tuyos, van a liberarte, Glenn, querido amigo... Seremos amigos, si tú quieres. Y siempre que te ocurra algo, yo te ayudaré... ¿Estás contento, Glenn?

—Sí... Si...

Una de las paredes se separó, de pronto. Dos hombres sacaron a Glenn Dunn de aquella cabina, casi arrastrándolo, casi desvanecido... Cuando volvió a recuperar la noción de las cosas, estaba atado a unas argollas de la pared, por las muñecas, por medio de unas abrazaderas de suave cuero blando. Dio un débil

tirón; un inútil tirón.

Ladeó la cabeza y vio a Zacalapa. Inmediatamente, la volvió hacia el otro lado. En efecto: Gertrudis estaba allí, nuevamente atada, casi suspendida. Lo miraba fijamente, muy asustada, palidísima.

—Hola... —sonrió torcidamente el

G-man

—. ¿No nos hemos visto antes, preciosa? Lo digo, porque creo recordar ese pijama...

Gertrudis Salvatierra lanzó un profundo sollozo.

—Glenn... ¿Estás bien? ¿Están bien...?

—Perfectamente. ¿Y tú?

—No lo sé...

Glenn volvió a sonreír torcidamente y miró al maya.

—¿Cómo van las cosas, Zacalapa?

El hercúleo maya encogió los hombros. Continuaba igual: atado a la pared, con grandes costras de sangre en la cara y en el rostro. No parecía tener ganas de hablar, lo cual era perfectamente comprensible.

—Bueno... —Glenn volvió a mirar a Gertrudis, tras un vistazo a los despojos de Segundo Corrales—. Parece que no hemos tenido mucha suerte. Espero que al menos nos traigan pronto el desayuno.

—Oh, Glenn, no sé cómo... cómo puedes... bromear...

—¿Acaso tú no tienes apetito? Yo estoy que me muero de hambre. Cualquiera diría que no he comido en varios días...

—Glenn, así es.

—¿Cómo?

—Hace casi dos días que estamos aquí, calculo.

—Vamos, vamos, Gertrudis... Ya sé que cuando se pasa mal, el tiempo parece...

—Han pasado casi dos días, Glenn. Te han tenido dormido en aquella camilla, poniéndote inyecciones, examinándote con aquellos aparatos... Estoy segura de que han pasado dos días por lo menos, Glenn.

—Bien... Comprendo, Gertrudis.

El agente del FBI quedó silencioso, sombrío. Comprendía, en efecto, que le habían estado preparando, examinando. Quizá le habían hecho algo que ahora no podía comprender. Desde luego, no

notaba nada raro... Nada. Pero se estremeció al recordar lo sucedido en la cabina. Un estremecimiento fuerte, casi una sacudida.

Miró de nuevo a la muchacha, que parecía a punto de desfallecer. Así sucedería. De un momento a otro, Gertrudis Salvatierra quedaría colgando de aquellas argollas, en el primer paso hacia la muerte. Zacalapa resistiría mucho más. Muchísimo más. Incluso más que Glenn Dunn. Eso le pareció al

G-man

al menos, cuando lo miró. Parecía una estatua de piedra, erguido, todavía fuerte. Sí... Para su desgracia, aguantaría mucho más.

Triste panorama, ciertamente.

La puerta se abrió poco después y entraron Letitia Clayton, Miguel y dos hombres con metralletas.

—Glenn —musitó Gertrudis—: ése es Chema Ledesma...

—Ya lo había comprendido.

Letitia se plantó ante él, sonriendo fríamente.

—Parece que nuestras relaciones se han... enfriado, ¿no es cierto, querido?

—Eso parece —admitió Glenn.

—Es una lástima. Eres un hombre muy atractivo... Pero, dé todos modos, te pagué con una moneda que... no dio resultado. Y eso es algo que vas a tener que pagar muy caro, Glenn. Debiste quedarte en la plantación, no seguir a Chema Ledesma.

—Soy muy curioso. Me despertó el aullido de «Banano», qué lloraba por la muerte de su amo, el verdadero Miguel. Y como Ledesma mató al perro, todavía sentí más curiosidad por tan interesante criado. Y lo seguí.

—¿Qué más?

—¿Qué más...? No comprendo, Letty, querida...

—¿Qué más sabes?

—Oh... Bueno, ¿hay algo más que deba saber? Has estado engañándonos a Ralph, a mí... Supongo que trabajas para Ledesma y sus revolucionarios...

Letitia se echó a reír, muy divertida, al parecer.

—¿Engañando a Ralph? —exclamó—. ¿Pero de veras no te has dado cuenta de que el hombre de la plantación no es Ralph Brennan?

—No... ¿Estás loca?

—Querido, eres divertidísimo... El hombre que hay allá, ocupando el lugar de Ralph Brennan, se llama Charles Foreman. Norteamericano, desde luego. Su trabajo actual consiste en dilatar lo máximo posible la llegada de un numeroso grupos de agentes del FBI desde Estados Unidos. Y lo ha conseguido.

—Si hubiera sabido que él no es Ralph Brennan...

—Habrías avisado a Washington, lo sé. Pero no ha sido así, y no creo que ese Hadaway y otros compañeros tuyos lleguen antes de veinticuatro horas, es decir, caducadas las cuarenta y ocho que te dio de plazo para resolver tú solo este asunto... ¿No fue ése el trato?

—Ése... ese Foreman te tiene bien informada...

—Naturalmente, querido. Para eso trabajamos juntos, ¿no te parece?

—Estáis locos, si pensáis sostener mucho tiempo esta situación, Letty... ¿O no te llamas Letitia Clayton?

—Mi nombre es Anyka Sianamov.

—¿De la MVD?

—¡No! —rió ella—. Digamos que Ralph Brennan..., es decir, Charles Foreman y yo somos... unos particulares, al servicio de quien nos pague mejor. Tenemos muchos medios para ayudar de muchas formas a quien bien nos pague.

—Y en este caso, ha sido Chema Ledesma.

—En efecto. Nos pusimos en contacto con él y llegamos a un acuerdo satisfactorio para ambas partes. Nosotros poníamos cierto equipo técnico y el plan de acción, y él sus revolucionarios.

—Ya conozco vuestro equipo técnico... —Se estremeció Glenn—. Lo conozco muy bien.

—No tanto, no tanto, querido... Aún podrías pasar ratos peores, te lo aseguro. Tus compañeros del FBI lo saben muy bien. Y siempre, en el peor momento, oían mi voz, y sabían que yo les salvaba, les ayudaba... Me quieren mucho.

—¿Qué te propones con esos... lavados de cerebro? —musitó Dunn.

—Pues... Ése es el plan, que a Chema Ledesma le encantó. Primero, capturamos a Segundo Corrales, y le obligamos a decirnos dónde encontrar a los agentes del FBI para los que estaba

trabajando. Lo mismo habría dado agentes de la CIA, desde luego, pero Corrales no conocía a ninguno de éstos, puesto que sólo trabajaba para el FBI. De manera que tus compañeros fueron los elegidos: hoy día, sólo obedecen mi voz. Por eso, cuando los mande a Guatemala al frente de cien hombres a dar el golpe de mano, harán lo que yo les diga. ¿Te imaginas algo más efectivo, astuto y peligroso que ocho agentes del FBI en plena acción, querido?

—¿Con cien hombres? —rió secamente Glenn—. Serán eliminados todos muy pronto.

—Si así es, cuando se supiera que esos hombres eran del FBI, o, al menos, norteamericanos, se crearía una cierta... confusión, ¿no crees? Pero eso no importa. Lo esencial era que nosotros necesitábamos unos cuantos hombres bien preparados para dirigir una acción en pequeños grupos. Esos hombres serán tus compañeros. Cada uno de ellos mandará un grupo de guerrilleros de Chema Ledesma, irán a Guatemala, se apoderarán de los puntos clave..., y entonces, los tres mil quinientos hombres restantes de Ledesma, que están esperando en las montañas de Alta Verapaz, cerca del nacimiento del río Cahabon, se dirigirán inmediatamente hacia la capital, para ocuparla. ¿No es simple, querido?

—No estés tan segura de tener dominados a mis compañeros...

—Oh, sí, lo estoy... He dispuesto de tiempo para lavarles el cerebro. Me gustaría hacer lo mismo contigo, pero ya no hay tiempo... Los cien hombres del primer golpe de mano, no tardarán mucho en llegar. Los demás, están dispuestos para la marcha. Todo va a suceder esta noche, Glenn. Al amanecer, las cosas habrán cambiado en Guatemala.

Glenn miró a Chema Ledesma, que a su vez lo miraba fríamente, con una cruel sonrisa en los labios.

—¿Y el coronel Ledesma gobernará el país?

—Puedo hacerlo mejor que muchos —dijo Ledesma.

—Es posible... —admitió Glenn, sonriendo fríamente—. Pero sus tendencias no gustan a mucha gente, Ledesma.

—¿Y qué?

—Sabemos que tiene ideas totalitarias. Por tanto, no durará mucho en el poder.

—¿Me está amenazando? —masculló Ledesma.

—Exactamente. No vivirá ni una semana, Ledesma. Cuando

menos lo espere, será asesinado. Pero eso no es cosa que le importe a... a Anyka Sianamov. ¿No es cierto, querida?

—Pues... Creo que no. Ledesma hizo un trato con Charles Foreman y conmigo, y lo hemos cumplido: le hemos conseguido gente con la que él jamás habría podido contar, capacitada para ese primer golpe de mano, y le hemos planeado todo el asunto. Hemos cumplido, y hemos cobrado ya. Si luego algo sale mal, él sabe que no será culpa nuestra. Hemos lavado el cerebro nada menos que a ocho agentes del FBI, cualquiera de los cuales puede dirigir más de cien hombres en un golpe de mano infalible... ¿Qué más puede pedirnos Chema Ledesma?

—Si conseguimos eso —sonrió Ledesma—, me estaré riendo del FBI durante muchos años. Y de la CIA. Yo gobernaré en Guatemala durante muchos años.

Glenn Dunn lo miró sarcásticamente. Pareció a punto de hacer un comentario, pero optó por continuar conversando con Anyka Sianamov.

—Supongo que pronto os llevaréis todos estos aparatos a su escondrijo, Anyka.

—En efecto. A la espera de que alguien vuelva a necesitarnos en un plan de envergadura. Mientras tanto, Charles Foreman y yo seguiremos haciendo... pequeños trabajos para el mejor postor. Estoy segura de que me entiendes, querido.

—Desde luego; conozco muy bien el *modus operandi* de los espías sin patria.

—Tenemos patria... —rectificó ella—, pero somos profesionales. Créeme que lamento mucho no poder lavarte el cerebro, Glenn. Pero ya sólo disponemos de tiempo para matarte.

—¿Y mis compañeros?

—¿Qué...?

—¿Qué pasará con ellos, una vez hayan hecho su... trabajo?

—Ah... Casi lo olvidaba, querido. Tenemos pensado algo... diabólico en verdad, habida cuenta de que, una vez Ledesma ocupe el poder, no va a necesitarlos. ¿No es cierto, Ledesma?

—Es cierto —sonrió cruelmente Ledesma—: ya no necesitaré para nada a esos norteamericanos.

Anyka Sianamov se dirigió a aquella especie de camilla metálica, abrió un compartimiento oculto en su parte inferior, y sacó una

caja, también metálica. De ella, extrajo un aparato parecido a un pequeño fotómetro, y lo examinó brevemente, sonriendo. Lo volvió a dejar en la caja y tendió ésta a uno de sus amigos.

—Ve a llevárselo a Charles. Pero antes, administra las cápsulas a los agentes del FBI. Hazlo ahora.

El hombre asintió con la cabeza y salió de la Sala. Glenn se mordió los labios, tenso, inquieto.

—¿Qué es eso? —musitó.

—Un pequeño ingenio, querido: ahora, mis dóciles amigos del FBI van a ingerir unas pequeñas cápsulas que contienen dos cosas: un receptor de vibraciones, y una diminuta ampolla de veneno fulminante. El aparato que has visto, hace funcionar el receptor de vibraciones dentro del estómago, la ampolla del veneno estalla, y... eso es todo. ¿Calcula que podemos hacer funcionar esas cápsulas hacia las seis de la mañana, Ledesma?

—Desde luego. A esa hora, tanto si gano como si pierdo la partida, los agentes del FBI ya no serán necesarios.

—Entonces, Charles, o yo, que ya espero estar con él, haremos funcionar el aparato, las cápsulas estallarán, y estén donde estén, esos ocho hombres morirán... Y los tres guatemaltecos, naturalmente. Ésos puede usted añadirlos a los cien hombres del primer golpe de mano.

—Desde luego.

Anyka Sianamov volvió a mirar a Glenn, que estaba petrificado, lívido, mudo de espanto.

—Qué silencioso estás, querido —rió.

—Asesina... Puerca asesina... Si salgo de ésta, tú y ese Charles Foreman, vais a pagar lo...

—No pierdas el tiempo. Dentro de unos minutos, Korby habrá hecho ingerir las cápsulas a tus compañeros, y se irá a llevarle el aparato a Charles. Mientras tanto, Ledesma y yo esperaremos la llegada de esos cien hombres. Cuando ellos lleguen, yo nada tendré que hacer aquí ya. Y dentro de unos días, recogeremos el equipo especial. Todo está terminando, querido.

—Asegúrate bien de que me matas, Anyka... —jadeó Glenn—. Asegúrate bien, porque si salgo de ésta, te mataré como a una fiera... Te encontraré, te escondas donde te escondas...

Anyka se acercó más a él y le golpeó fría, despectivamente, en

ambas mejillas. Más ofensa que dolor.

—Serás complacido, Glenn: morirás dentro de poco. Y también estos dos amigos tuyos... En cuanto a Corrales, ya está muerto, en realidad. Ahora, iré a llamar a los dos hombres que heriste hace ya casi tres días, para que tengan la satisfacción de ayudar a Flesh a matarte. Vigíalos bien, Flesh. Y usted, Ledesma.

—No se preocupe —musitó Chema Ledesma—. Si es necesario, yo mismo lo haré pedazos con el machete.

—Un arma muy rudimentaria para un coronel —rió Anyka.

—Pronto la cambiaré por otra mejor. Terminó mi papel de criado... Acabemos, Anyka: mis cien primeros hombres no tardarán mucho en llegar.

—Vuelvo en seguida.

Anyka se dirigió hacia la puerta, seguida por todas las miradas..., excepto por la de Glenn, que captó un extraño movimiento en Zacalapa. Lo miró y estuvo a punto de lanzar una exclamación, cuando vio libre la mano derecha del maya, quien asintió vivamente con la cabeza, moviendo también la izquierda...

Fue como un fogonazo que lo iluminara todo, haciéndole comprender a Glenn la verdad: Zacalapa estaba suelto. Posiblemente, a raíz de cuando Gertrudis comenzó a desatarlo. Mientras él peleaba con sus compañeros del FBI, el maya comprendió que no tendría tiempo de soltar su otra mano, y decidió no moverse. Luego, en aquellos dos días transcurridos, se había desatado completamente, pero había colocado las cuerdas de tal modo, que parecía continuar atado... Y había tenido la increíble paciencia de esperar el momento oportuno. O, por lo menos, el momento extremo, en el que ya no cabía fingir más. Había que jugárselo todo en aquel momento..., o ya no volverían a poder jugar a nada jamás.

Impresionado, casi aturdido ante aquella muestra de dominio, el G-man

miró hacia Anyka Sianamov, a tiempo todavía de verla desaparecer.

Luego, se quedó mirando a Ledesma, que tenía sólo un machete. Después miró al llamado Flesh, que empuñaba la metralleta. Era, sin duda, el más peligroso. Pero todo terminaría, sin ninguna posibilidad, si esperaban a que Anyka regresara con los dos heridos, que no lo estaban tanto como para no participar en la posible pelea,

desigualándola todavía más...

—Flesh —dijo de pronto Glenn—: ¿es usted norteamericano?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Todos son norteamericanos, excepto Anyka?

—Arriba hay un canadiense y un ruso. Ya se lo ha dicho ella, Dunn: somos internacionales. Tenemos patria todos y cada uno, pero... nuestra primera patria somos nosotros mismos.

—Cerdo.

Flesh entornó los ojos y ladeó la cabeza.

—¿Qué es lo que quiere? —susurró—. ¿Morir ahora mismo, Dunn?

—Cerdo. Puerco asqueroso, rata...

Chema Ledesma soltó una risita cruel, casi complacida. Flesh se irritó más por esa risa que por las palabras de Glenn. Y para que Ledesma no volviera a reír, se acercó al

G-man,

volvió la metralleta del revés y le golpeó en pleno estómago con el culatín. Glenn Dunn aspiró fuertemente el aire, se encogió y quedó colgando de las cuerdas, haciendo esfuerzos por respirar...

—Es mejor que cierre la boca, Dunn. Dese por satisfecho por morir sin dolor.

Indiferente, Flesh se volvió, para alejarse unos pasos. Ledesma sí se dio cuenta del súbito cambio en la actitud y la postura del agente del FBI. Lo vio enderezarse vivamente, tensar los brazos...

—¡Está inten...!

Glenn Dunn quedó colgado a pulso de las cuerdas, tensos los brazos, como si fuesen de acero, estirados todos los músculos de su torso; los del estómago parecieron a punto de partirse, por la brusca tensión a que los obligó cuando sus dos piernas se alzaron, hacia el cuello de Flesh, que ni siquiera tuvo tiempo de volverse. La presa de tijeras le alcanzó por detrás, las piernas del

G-man

se cruzaron en su garganta, tiraron de él hacia atrás, rudamente, iniciando la estrangulación. La metralleta soltó una ráfaga hacia el techo, mientras Chema Ledesma saltaba hacia Glenn, con el machete en alto, dispuesto a dar el golpe...

Y lo dio, directo hacia la cabeza de Glenn Dunn.

Sólo que el hombre del FBI ladeó la cabeza, tensando al mismo

tiempo el brazo de aquel lado, apartándole de la trayectoria del arma blanca, mientras sus piernas continuaban apretando con una fuerza que sólo podía proporcionar la desesperación, la alternativa de vida o de muerte...

El machete golpeó en la pared, resbaló por ésta arrancando algunas chispas, y se hundió en el hombro izquierdo de Dunn, que lanzó un alarido de dolor y aflojó la presión en el cuello de Flesh, sólo por un instante, crispándose de nuevo, ante aquella alternativa final. Si lo soltaba, todo terminaría...

Ledesma había lanzado un grito de rabia y se disponía a repetir el golpe, furioso.

Pero para entonces, Zacalapa estaba ya junto a él. Ledesma se desconcertó, quiso volverse hacia el maya..., y uno de los enormes puños de éste cayó como un mazo sobre su cráneo. Se oyó un crujido seco, y Chema Ledesma cayó como aplastado, fulminantemente muerto.

Flesh estaba soltándose de las piernas del congestionado y debilitado Glenn, cuyo brazo izquierdo había perdido la potencia de flexión, y se estiraba; la sangre resbalaba por el pecho del agente del FBI y su rostro estaba crispado en una desesperada mueca de impotencia, de dolor...

Zacalapa recogió el machete de Ledesma, lo blandió, y justo cuando Flesh conseguía soltarse, lo abatió sobre su cabeza, que se abrió con escalofriante chasquido, en dos mitades verticales.

Inmediatamente, el maya lanzó dos tajos hacia las cuerdas que sujetaban a Dunn, el cual cayó de rodillas, y luego de bruces. Zacalapa se desentendió de él, acercándose presuroso a Gertrudis, que parecía a punto de desvanecerse de espanto.

Fuera, se oía un veloz taconeo, acercándose a la puerta de la Sala. El taconeo se detuvo allí, en la puerta, que se abrió, dejando paso a Anyka Sianamov, que llegaba pistola en mano, alterada.

—¡Flesh! ¿Qué...?

Sus ojos se desorbitaron. Vio a Dunn, arrastrándose hacia la metralleta, pero prestó más atención a Zacalapa, que había echado hacia atrás el brazo que empuñaba el ensangrentado machete. Chillando de miedo, Anyka Sianamov disparó contra el maya, precipitadamente. Tanto, que no le acertó... Fue Gertrudis quien lanzó un gemido, y se relajó completamente..., mientras el machete

cortaba el aire con seco silbido, y se hundía en el pecho de Anyka Sianamov, empujándola, tirándola fuera de la Sala.

Zacalapa se volvió en seguida hacia Gertrudis, mientras Dunn, que por fin había conseguido coger la metralleta, se ponía en pie, ayudándose con ella... Fuera se oían más pasos precipitados, todavía en los escalones de piedra.

El agente del FBI miró hacia la muchacha, se mordió los labios y corrió hacia la puerta, tambaleándose. Su salida fue tan inesperada, tan audaz, casi suicida, que los dos hombres heridos que llegaban procedentes de arriba, de la casa, casi perdieron el equilibrio al intentar detenerse...

Lo perdieron definitivamente cuando Glenn Dunn, manejando la metralleta, sólo con la mano derecha, les lanzó una larga ráfaga que pareció subirlos, lanzarlos escaleras arriba... Saltaron un par de peldaños. Luego, inertes, rodaron hasta el amplio pasillo de grandes losas.

Glenn Dunn regresó a la Sala. Zacalapa estaba desatando a la muchacha, y Glenn le ayudó como pudo.

—Gertrudis... Gertrudis, ¿estás bien? ¿Estás bien?

—No... no es nada, Glenn...

Las manos de la muchacha quedaron sueltas. La dejaron sentada, con la espalda apoyada en la pared. Glenn examinó la herida, en el costado derecho de Gertrudis. De pronto, alzó la cabeza y la miró con el ceño fruncido, simpáticamente.

—¿Por esto tanto escándalo? —reprochó.

—Me asusté... ¡Y me duele!

—Un despellejamiento. Deja de llorar, preciosa, o vas a defraudarme, a última hora. ¡Esto no es nada!

—Glenn, tu hombro...

—Ah, dulce Gertrudis, esto sí que es grave... Y ya ves: no lloriqueo. Zacalapa: ¿podrás con ella?

—Sí.

—Entonces, salgamos de aquí. Ayúdala, vamos...

—¿Y nuestros amigos, Glenn...?

—No hay tiempo. Están muy bien donde están, encerraditos en sus cuartos. Si queremos ayudarles en algo, hay una cosa mucho más importante por hacer... ¡Salgamos!

Cruzaron por encima del cadáver de Anyka Sianamov, sin

mirarla siquiera. Subieron los anchos peldaños, alzaron la trampilla y se encontraron en un lugar oscuro, cerrado. Glenn encontró pronto la puerta. La abrió y salieron todos al gran pasillo de la casa, donde la falsa Letitia Clayton se había instalado como pintora caprichosa y millonaria.

—Tengo que ir a la plantación... —exclamó Glenn—. ¡Tengo que ir allá cuanto antes, por si ese Charles Foreman tiene contacto por radio con Anyka Sianamov, y al no recibir respuesta...!

Zacalapa le seguía, casi llevando en brazos a Gertrudis. Salieron corriendo de la casa..., y unas cuantas sombras aparecieron ante ellos.

—¡Alto! ¡Quietos todos!

CAPÍTULO IX

Se detuvieron los tres, rodeados de armas.

Una voz musitó:

—Señorita Salvatierra... ¡Avisad al general!

En pocos segundos, un hombre se abrió paso entre los demás y llegó ante la muchacha, que se abrazó a él. Y junto a este hombre, otro que Glenn Dunn conocía muy bien.

—Glenn: ¿de dónde salen?

—Hay un enorme subterráneo debajo de la casa... ¿Ha venido solo?

—Claro que no. Recibimos su carta en el apartado de Correos de máxima urgencia. Hace tres horas que estamos en Guatemala...

—¿Han detenido al hombre que se hace pasar por Ralph Brennan?

—Está vigilado, pero no hemos actuado todavía. Tal como indicaba en su carta, vinimos a esta casa, pero estábamos desconcertados...

—¿El falso Brennan no sabe que ustedes han venido?

—No... Usted decía que no era Brennan, de modo que hemos actuado con toda cautela. Al venir a esta casa nos encontramos al general Salvatierra, que la tenía cercada también prudentemente... Hace un par de horas vimos entrar en la casa a un hombre, que llegó seguido de uno de nuestros compañeros que estaban vigilando al falso Brennan.

—Señor: ahí abajo están nuestros compañeros, y algunos guatemaltecos del servicio secreto. Y hay armas para cien hombres, que precisamente no pueden tardar en llegar a esta casa, para dar el primer golpe de mano...

Glenn Dunn lo explicó todo rápidamente. Cuando terminó, el

general Salvatierra enviaba ya a sus hombres al subterráneo. Apenas una docena, que habían estado vigilando la casa desde cuando Gertrudis no regresó junto a su padre, seis horas después de informarle respecto a Letitia Clayton. Llevaban día y medio vigilando, esperando.

—Señor: esos hombres, los guatemaltecos, y nuestros compañeros del servicio..., hay que golpearlos y esposarlos. Y tienen que ser atendidos inmediatamente.

—Tranquilícese, Dunn: saldrán para sus destinos antes de un par de horas, y serán debidamente atendidos... ¿Se ocupa usted de esos cien hombres que vienen hacia aquí, general?

—Con gusto.

—Hay tres mil Quinientos más, que están ahora acercándose a Guatemala capital, procedentes de las montañas de Alta Verapaz, general —recordó Glenn.

—Nos ocuparemos de ellos. ¡Capitán Sotillos!

—¡A la orden, señor!

—Regrese a Guatemala y prepare a todos los hombres. Envíe mensajes a todas partes: urgente concentración de tropas entre Guatemala y Alta Verapaz... Me reuniré con usted en cuanto pueda. Avise al comandante Carranza, que se haga cargo del mando hasta entonces... ¡De prisa!

* * *

—Bien... —dijo Hadaway—. Cuando esos cien hombres lleguen, Zacalapa los llevará a los subterráneos, él saldrá, y los demás quedarán prisioneros ahí abajo... ¿Se encuentra bien, Glenn?

Glenn Dunn, vendado el hombro, dejó de mirar a Gertrudis, que sostenía su mirada con una dulce sonrisa.

—Sí, señor... Me encuentro bien... ¿Ha regresado el hombre llamado Korby?

—Ya está a buen recaudo —informó sombríamente Hadaway—: eso quiere decir que Charles Foreman tiene el aparato que envía las vibraciones a las cápsulas que nuestros compañeros tienen en el estómago... Hay que actuar con cautela. Dentro de una hora, o poco más, esos hombres saldrán hacia Estados Unidos... Pero en ese tiempo, Charles Foreman puede comprender que algo va mal, y asesinarlos.

—Ustedes tienen hombres vigilándolo —musitó Gertrudis—: díganles que lo maten.

—No... —Hadaway movió negativamente la cabeza—. Es demasiado arriesgado. Charles Foreman debe estar en una gran tensión. En cuanto alguien desconocido se acerque a él, puede matar a esos hombres... No quiero riesgos —sacó lo que parecía un paquete de cigarrillos, apretó con un dedo y llamó—: ¿Mike? ¿Qué hace nuestro hombre?

—Está en la terraza, fumando y bebiendo... Parece un poco nervioso, como si estuviera esperando algo que no llega...

—Anyka Sianamov —musitó Glenn—: eso es lo que está esperando, señor Hadaway.

Se oyó de nuevo la voz de Mike:

—¿Qué hacemos, señor?

—Nada... —susurró Clarence—. Nada, Mike. Continúa en vuestros puestos.

—¿No intervenimos?

—¡No! Por lo que más queráis, muchachos: que ese hombre no os vea, ni os oiga. Es más: alejaos. Ya os daré nuevas instrucciones.

Cortó y quedó sombrío, hosco.

—El está esperando a Anyka Sianamov... —musitó Glenn—. ¿Por qué no permitimos que ella vaya a verle, señor?

* * *

Charles Foreman alzó vivamente la cabeza cuando oyó el sonido de un motor, acercándose a la casa. Sus dedos se crisparon en la pistola, nerviosamente, por unos segundos...

Pero de pronto sonrió. Conocía el sonido de aquel motor: el del coche de Anyka. El viejo trasto con el que la espía iba de un lado a otro, en su muy acertado papel de millonaria excéntrica. De modo que Charles Foreman dejó la pistola sobre la mesita, junto a un pequeño aparato que parecía un fotómetro. Seguramente no tendría necesidad de usarlo.

Por el momento, al menos; Anyka diría cuándo debía apretar el botoncito que lo pondría en funcionamiento.

El coche se detuvo en el borde de la terraza, como siempre. Y Charles Foreman volvió a sonreír.

—¿Todo bien, Anyka?

Pero Anyka Sianamov no se movió del coche. No saltó, como solía hacerlo, ágilmente. Quedó allí, inmóvil. En la terraza no había luz. Sólo la que llegaba del interior de la casa, de la salita llena de pinturas, plantas, machetes antiguos...

—¿Ocurre algo, Anyka?

Ella no contestó. Foreman volvió a coger la pistola, sin dejar de mirar a la mujer que había al volante del viejo coche. Achicó los ojos astutamente. Parecía Anyka, desde luego... Es decir, parecía una mujer...

Movió la silla de ruedas hacia delante, hacia el borde de la terraza. Estaba ya harto del truco de la escayola en la pierna. Se la quitaría aquella misma noche, para escapar, con el dinero que Chema Ledesma les había pagado... Eso haría.

—Te estoy esperando... —dijo—. ¿Te ocurre algo?

Oyó entonces el ligero ruido, a su izquierda. Volvió la cabeza, sobresaltado, y lanzó un grito de alarma, de incredulidad, al ver allí a Glenn Dunn, con el torso vendado, el brazo izquierdo colgando del cuello por medio de una venda..., y una pistola en la mano derecha. Ni siquiera tuvo tiempo de intentar disparar contra él. Glenn Dunn disparó y la pistola que empuñaba Foreman saltó de su mano, violentamente arrancada.

Foreman volvió a chillar, ahora de espanto, y, al mismo tiempo, lanzó la silla hacia atrás, con la mano izquierda, fuertemente. La silla chocó con la mesita de bambú, la derribó, y todo cuanto había en ella se estrelló contra el suelo.

Glenn Dunn volvió a disparar, y Foreman, para evitar aquella bala, no tuvo más remedio que tirarse al suelo, arrastrando la silla, que detuvo la tercera bala disparada por el agente del FBI. Y mientras tanto, la mano izquierda de Foreman se deslizó velozmente hacia el aparato productor de las vibraciones de onda corta...

En una millonésima de segundo, Glenn Dunn comprendió la realidad. Por mucho que disparase, si en el cuerpo de Charles Foreman quedaba la menor vitalidad, ésta sería utilizada para poner en funcionamiento aquel aparato. Con lo cual, once hombres, ocho de los cuales pertenecían al FBI, morirían instantáneamente. Y así, el

G-man

supo que el único medio de detener de un modo afectivo a Foreman era personalmente; aferrando aquella mano que estaba casi tocando el aparato. Una bala podía matarlo, pero en dos o tres segundos... Demasiado tiempo.

Glenn soltó la pistola mientras saltaba hacia Foreman. Cayó sobre la espalda de éste cuando los dedos tocaban ya el aparato, que se desplazó unas pulgadas. El

G-man

quedó en la espalda de Foreman, y su mano derecha se crispó en las vendas que, ocultando el rostro, se sujetaban por la garganta y la nuca. Dio un tirón y Foreman lanzó un gemido ronco, entrecortado..., pero su mano se estiró, pareció convertirse en goma, hacia el aparato.

—Quieto, Foreman... —jadeó Glenn—. ¡Quieto, o lo estrangulo...!

El rostro de Foreman se tornaba rápidamente de un color rojo intenso..., pero su mano estaba ya a menos de una pulgada del aparato, sin que Glenn pudiera evitarlo. Movi6 el brazo izquierdo, para apartar el aparato, pero el miembro cayó flojamente, sin fuerzas... La herida producida por Chema Ledesma tenía su repercusión en aquel momento...

Y todo lo que podía hacer Glenn era continuar tirando hacia atrás de las vendas, con toda la fuerza de su mano derecha, montado a horcajadas de Foreman, jadeando, casi gritando de rabia, de desesperación...

Se oyeron unas rápidas pisadas en la terraza, y, de pronto, un pie, calzado con blanquísimo zapato, cayó sobre la mano de Charles Foreman, machacándola contra el suelo.

—Acabe, Glenn: este hombre no nos sirve para nada.

Foreman notó aún más violento el tirón de su garganta. Su cabeza se ladeó, sus ojos giraron hacia lo alto, ya desorbitándose. Vio a un hombre alto, atlético, de cabellos cobrizos, ojos oscuros como la noche que les rodeaba, vestido impecablemente de blanco, con una pistola en la mano, apuntando a su cabeza. Un rostro de rasgos duros, tensos, tostado por los rayos del sol, como grabados en piedra. Un hombre elegante, frío, impecable...

Pero Glenn Dunn acabó de apretar.

Y Charles Foreman jamás supo que la mujer del coche que él

había visto era Gertrudis Salvatierra.

Ni supo que, visto de abajo arriba, con aquella mueca implacablemente fría, dura, seca, había conocido, por fin, personalmente, al hombre con el cual, por medio de morse, había estado en contacto desde su plantación a Washington; al hombre llamado Clarence Hadaway.

ESTE ES EL FINAL

Gertrudis Salvatierra alzó los ojos y se quedó mirando a Zacalapa, que había aparecido en el jardín de su residencia, con un pequeño paquete en las manos.

—¿Qué ocurre, Zacalapa?

—Hay una visita para usted, niña.

—¿Quién es?

—Me ha entregado esto para usted.

Gertrudis tomó el paquete y estuvo unos segundos examinándolo.

—Espero que no sea una bomba.

—No creo —sonrió Zacalapa, sorprendiéndola en verdad.

—¿Por qué sonríes? Eso no es corriente en ti, Zacalapa.

—Es que estoy contento.

—¿Por qué?

—Porque todo está bien.

—¿Todo? ¿Qué es todo?

—Todo: Guatemala, usted, la paz del país... Ah: los agentes del FBI y nuestros tres compañeros, todos los cuales fueron enviados a Estados Unidos, ya están bien. Apenas llegar a Washington les hicieron un lavado... de estómago y les sacaron aquella cápsula. Dentro de poco regresarán... Quince días no son demasiados para darlos de alta, después del lavado de cerebro, pero se puede asegurar que están bien de verdad, sin peligro alguno.

Gertrudis contemplaba estupefacta al indio maya.

—En toda mi vida te he oído hablar tanto, Zacalapa. Ni con tanta precisión... Y desde que nací, hace veintiún años, estoy

contigo... ¿Has aprendido de pronto a ser locuaz y elocuente?

—Yo sólo le he repetido las palabras del visitante, niña.

—Pero..., ¿quién es? ¿Acaso...?

Los ojos de Gertrudis Salvatierra brillaron intensamente de pronto. Se quedó mirando el paquete. Lo abrió, a toda prisa, rasgando el papel de seda, la caja... Era algo de ropa... Había una tarjeta encima, que decía: «Los pijamas siempre son útiles..., y uno nunca sabe cuándo podrá necesitar uno. ¿Quieres casarte conmigo, preciosa?».

—¡Glenn! —llamó—. ¡Sí, quiero, Glenn, sí quiero...! ¡No me hagas esperar más!

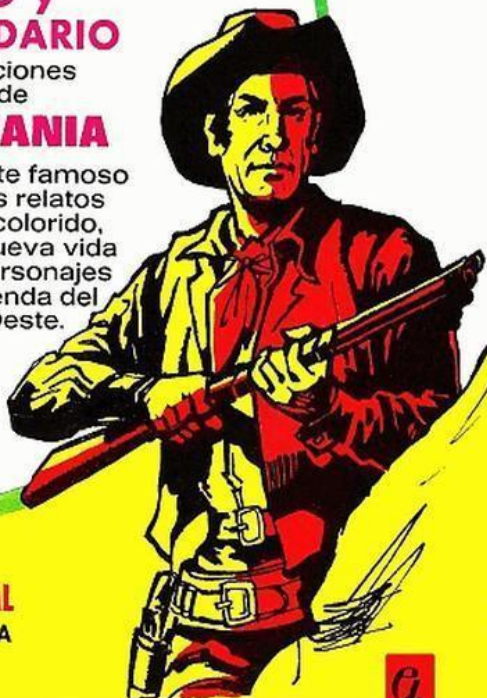
FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...

Notas

[1] En Guatemala se llaman «ladinos» a los mestizos de indios mayas puros y oriundos, y españoles. Dominan, en general, tanto el maya como el español, y componen no menos del 30 por 100 de la población total guatemalteca. < <